

Selecciones

POLICIACAS

FBI



**DONALD
CURTIS**

**ROSAS
para una
MUERTA**



Rosas para una muerta

DONALD CURTIS

SELECCIONES
DEL
F. B. I.

Donald Curtis

ROSAS PARA
UNA MUERTA

© DONALD CURTIS .

Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
Publicación semanal,
aparece los viernes.

Printed in Spain

D. L. M. 19.935-73
ISBN 84-04-01678-X

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez, 15 - MADRID - 18

CAPÍTULO I

AYER visité la tumba de Marsha.

Siempre visito la tumba de Marsha cada cierto tiempo. Cuando vengo a este país y puedo ir allí y depositar un recuerdo. Un recuerdo y una oración. Un recuerdo y unas flores.

Un recuerdo y unas rosas.

Rosas... Era la flor preferida de Marsha. Siempre me dijo lo mismo:

—“Si muero, trae flores a mí tumba, Mark. Flores hermosas. Rosas, por ejemplo... Me gustan las rosas, Mark”.

Yo le había contestado con ese aire incómodo con que uno acepta una conversación semejante, en alguien lleno de vida.

—Vamos, Marsha, no tengas mal gusto. No quiero hablar de esa cuestión.

—“Mark, es una promesa que te pido. Dime que la cumplirás. Di que me traerás esas flores si alguna vez me ocurre algo... y visitas mi tumba”.

No era agradable, pero una rara vez podía decirle que no a Marsha en cualquier cuestión que se dilucidara. Pero eso le contesté, vacilante.

—Está bien. Te lo prometo.

Se lo había prometido. No sé por qué tuve que hacerlo. No era justo prometer nada en esas condiciones, pero lo cierto es que lo hice.

Y era una promesa, como ella dijo. Una promesa formal. Le dije que sí, que la llevaría flores. Rosas, exactamente.

Entonces. Marsha estaba llena de vida. Entonces yo no podía soñar siquiera que Marsha pudiera morir alguna vez. Era demasiado vital, demasiado poderosa, demasiado magnífica y plena de vida para imaginarla de otro modo.

Acaso ella presentía lo que iba a ocurrir, no sé. Lo cierto es que Marsha me arrancó una promesa. Y lo cierto es que ella, ahora, está muerta.

Y Yo tengo que cumplir esa promesa. Yo tengo que llevarle flores cada vez que vengo aquí y visito el cementerio. Yo tengo que traer rosas para Marsha. Rosas para una muerta.

Rosas para la mujer a quién amé...

Me incorporé.

El ramo de rosas rojas estaba ya sobre la lápida. Como siempre que acudía a aquel rincón del viejo, pequeño cementerio de la localidad. Contrastaba fuertemente con el blanco del mármol y el gris de la piedra de aquella cruz que remataba la tumba.

Rosas rojas...

Marsha se hubiera sentido feliz de haberme podido ver allí, ante su última morada, cumpliendo una promesa, después de varios años de haberla formulado. Cuando muchas personas han olvidado ya cualquier clase de promesas, porque el tiempo casi siempre lo borra todo. O casi todo.

A Marsha, no la había borrado de mi mente, de mis recuerdos. A Marsha la recordaba aún tal como era entonces. Y no era solamente por el tributo de un puñado de rosas, sino porque a Marsha había llegado a amarla. A amarla profunda y vivamente...

Ayer le llevé esas flores. Y la recordé. La recordé como la recuerdo siempre que me detengo ante su tumba. Como siempre que me inclino, deposito ese ramo y rezo por ella una oración, fría, seca, áspera, porque yo no soy sensible ni patético. La vida me enseñó a ser duro, y soy duro. La vida me enseñó a no amar demasiado intensamente y no amo. La vida me enseñó a ser cerebral con las mujeres y utilizarlas como simple vehículo de mi profesión, y así lo hago.

Pero Marsha era diferente. Marsha era otra cosa, después de todo. Marsha era... Era ella. Marsha. Mi Marsha.

Fue ayer, sí. Dejé esas rosas en su tumba. Están caras en esta época del año las rosas. Especialmente, aquí. Pero ¿Qué puede importar lo que valgan, si son para ella, y lo que es para ella no importa lo que pueda llegar a valer? ¿Qué importa nada para Marsha?

Fue ayer... Hace solamente veinticinco horas. Un día, una fecha en la vida de un hombre. Y en la muerte de una mujer...

Ayer. A las nueve de la mañana, exactamente.

Elegí esa hora, porque es la mejor para ir al cementerio y sentirme solo. Solo entre las plantas silvestres, entre lápidas y cruces, entre nichos y sepulturas sin apenas distintivos. Solo entre los que no hacen ruido, solo entre los que callan...

El sol cae oblicuo a esa hora de la mañana. Hace fresco a la sombra, y es tibio y dorado el sol allí donde cae mansamente. De la campiña se eleva un polvillo dorado, las mieses van amarilleando, y los prados parecen de un verde más profundo y más espeso.

Creía que estaba solo en el cementerio. Creí estarlo. Justamente hasta que me incliné sobre la tumba de Marsha y deposité las flores. Justamente entonces, al erguirme de nuevo y empezar a orar, supe que no estaba tan solo como había imaginado.

No es que el espíritu de Marsha estuviera allí, presente, flotando sobre las tumbas. Y si lo estaba, jamás lo vi. No, no era eso. Era algo diferente. Más corpóreo más material, menos hermoso que ver surgir la sombra de Marsha de su tumba.

Era un hombre. Un simple hombrecillo de oscuro, que paseaba entre las tumbas.

Se quedó mirándome. Sonrió, afable.

—Buenos días, señor —me dijo.

—Buenos días —Le contesté.

Se expresaba en correcto español. Gente amable la española. Siempre habían así, cordialmente. Como sí le conocieran a uno de toda la vida, aunque sea la primera vez que le vean.

Yo sé bastante español. Mi madre fue portorriqueña, y mi padre tejano. Me crie en Tejas. Supe lo que era hablar español, en casa, tan fluidamente como el inglés en la calle.

Esto era diferente, claro está. Me hallaba lejos de Tejas, lejos de mi país. No era un latinoamericano quien me hablaba, sino posiblemente un español. Un español del Sur, ceremonioso y correcto, locuaz y solemne, sobre todo en el mundo de los muertos, que tanto respetan los españoles.

Dios mío, pensé. ¿Por qué Marsha tuvo que morir precisamente aquí, en España?

¿Por qué?...

No había respuesta. Supongo que la muerte no tiene que elegir sitio ni momento. La muerte llega inesperadamente y se lleva a quién sea. Lo demás, no cuenta. A fin de cuentas. ¿Qué puede importarle eso al que se va? Es el que se queda quien se pregunta tantas cosas, y nunca encuentra respuesta a nada... Quizás porque no la hay, porque nunca la hubo...

El hombre de luto llevaba flores también. Un ramillete pequeño. Observé qué clase de flores eran.

Rosas.

Rosas amarillentas, hermosas y frescas, con agua o rocío perlando sus pétalos. Inesperadamente, se inclinó. Las puso sobre la lápida. Sobre el nombre tallado en la piedra blanca:

“AQUI YACE MARSHA DOYLE

Era alucinante. O ridículo, no sé.

“Murió asesinada... *el treinta de febrero de mil novecientos sesenta y...*”

Nadie puede morir el treinta de febrero de ningún año, ni siquiera de un bisiesto; sencillamente, porque no hay ningún febrero que tenga treinta días.

Creo que sí era bisiesto el año en que ella murió. Seguro porque el próximo año lo es, y hace ya tres años de... de la muerte de Marsha Doyle.

El hombre que talló la lápida debía estar borracho esa noche. O solamente aturdido o enfermo... No sé, pero se equivocó de fecha. Soñó con un imposible treinta de febrero. Y lo puso en la lápida.

Y Marsha murió... un treinta de febrero.

Ridículo, sí. O terrible, no sé. Creo que habrá que cambiar esa lápida alguna vez. Habrá que enmendar el error del marmolista ebrio o distraído. Habrá que hacer lo que sea, menos dejar esa absurda lápida, ahí sobre el suelo de ese pequeño cementerio español, tranquilo y soleado.

Un treinta de febrero...

Es como si todo jugase a los despropósitos en este asunto. Desde el mismo fin de Marsha. O desde mucho antes.

Sí, antes de Marsha. Porque cuando Marsha murió... todo había comenzado ya.

Yo nunca estuve antes en España y visitaba sus playas del sur. Como cualquier persona en su posición. Como se visita la Costa Azul, la Riviera o Mallorca, que también es España aunque insular.

Yo estaba pensando en todo eso. Y mirando las flores. Mis flores. Y sus flores. Las flores del hombrecillo pequeño y enlutado. El hombrecillo a quién nunca había visto antes de ahora. Pero que llevaba rosas a la muerta.

—Rosas... —dijo él—, curioso, ¿no?

No le entendí. Pero moví afirmativamente la cabeza.

—Sí, es curioso —convine—, usted también trajo rosas.

Pareció disgustado con mi falta de imaginación.

—Claro —afirmó—. Yo también traje rosas.

—Rosas... ¿para quién? —argüí, rápido.

Me miró como si yo fuese un chico tonto o atrasado mentalmente.

—Para ella, claro —se limitó a decir, encogiéndose de hombros.

—¿Para Marsha? —preguté.

—Claro —sonrió tristemente—. Para Marsha... ¿A quién se las trae usted, si no?

Era de una lógica aplastante. Pero yo seguía intrigado, aún a costa de parecer inoportuno y mal educado. Conocía a Marsha. Pero no le conocía a él.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—¿Y usted? —contraatacó él vivamente.

—Soy americano —dije.

—Sí, ya lo noté.

—Me llamo Mark. Mark Martin. Nací en Texas. Es posible que mi apellido Martin tenga algo hispano, no estoy aún muy seguro.

—Usted parece algo hispano también —sonrió él, estudiando mi cabello castaño oscuro mis ojos color café mis facciones acentuadas y mi tez broncearla—. Pero es americano.

—Hablar de eso no nos conduce a nada. Aún no sé su nombre.

—Carlos. Carlos Duncan Ferrando.

—¿Duncan Ferrando? —dudé—. ¿Hispano o... sajón?

—Ambas cosas —rio el hombrecillo de luto—. Padre americano. Madre española.

—Vaya... —miré sus rosas sobre la lápida—. ¿Conoció a Marsha?

—Sí, conocí a Marsha, es obvio —sonrió pálidamente—. Es obvio que también usted la conoció.

—También en efecto.

—Le encantaban las rosas —manifestó él, tras una pausa.

Asentí con la cabeza. Nunca me había sentido más embarazado que ahora, frente a aquel desconocido, en la pequeña parcela que los muertos tenían en aquel pueblecito gaditano.

—Me gustaría saber cómo conoció a Marsha —dije de repente.

—No era difícil conocer a Marsha —replicó, él vagamente—. Ella era sociable, grata, femenina, inteligente, llena de sociabilidad...

—Sé todo eso. Pero esas rosas...

—Ella lo decía siempre. Quería morir sabiendo que alguien la traería rosas a su tumba.

—¿Se las trae usted a menudo?

—Siempre que vengo aquí —suspiró él, meneando la cabeza—. Es un sitio pequeño, no tiene mucha vida. Uno tiene que venir aquí a propósito para visitar la tumba de Marsha... ¿No lo hizo usted también?

—Por supuesto... —traté de leer algo más en su gesto, en su apariencia, y fracasé—. Pero yo tengo mis motivos para visitar a Marsha siempre que puedo, para depositar unas flores en su lápida.

—Yo también, señor Martin.

—Es diferente. Yo... la amaba.

Se lo confesé fríamente. Él me miró desde el otro lado de la lápida. Apoyó una mano en la cruz, para mirarme con mayor atención y fijeza. Luego, desgranó lentamente sus palabras:

—Cualquiera podría amar a Marsha —confesó—. Era tan adorable, tan maravillosa, tan llena de vida, de calor, de atractivo...

—Duncan Ferrando... —le detuve, sorprendido—. ¿Es que acaso... acaso trata usted de decirme que también usted... que también usted... la amaba?

Él me miró larga y profundamente. Pareció resultarle divertido y a la vez escandaloso lo que yo decía. Luego, muy despacio, se echó atrás. Se quedó mirándome se echó a reír entre dientes y luego confesó:

—No, no hubiera podido amarla de la forma que usted supone. Hubiera sido monstruoso porque ella... Ella fue la esposa de mi hijo Roger, hasta que él murió asesinado...

CAPÍTULO II

El certificado civil de matrimonio. Extendido en Gibraltar, por un juez de paz británico. A nombre de Marsha Doyle y Roger Duncan Wade. Databa de cinco años atrás...

—Roger Duncan Wade era mi hijo —suspiró el hombre—. Hijo mío y de mi esposa, Agatha Wade...

—¿Inglesa?

—Sí. Inglesa residente en Gibraltar durante bastantes años.

—¿Vive?

—Vive, sí.

—Ella no trae rosas a Marsha...

—No, ella nunca le trajo rosas a Marsha.

—¿No quería a su nuera?

—La adoraba.

—¿Entonces?

—Dejó de quererla cuando pensó que ella podía ser culpable, cuando tuvo la idea de que Marsha... era la que mató a su hijo.

—¿Qué? —salté vivamente. Le contemplé con asombro— ¿usted supone tal cosa?

—No he dicho que lo pensara yo, sino ella... Mi esposa es muy especial en sus ideas.

Si tiene una sospecha y nadie logra disuadirla de ella, la sospecha crece. Y ella está entonces segura de lo que piensa. Eso es lo que sucedió en este caso...

—Pero Marsha no pudo... cometer un crimen. Ella misma murió asesinada, usted tiene que saberlo...

—Son cosas diferentes, señor Martin —el hombrecillo me miró tristemente desde el otro lado del pequeño bar que había cerca del cementerio, en la carretera general a Cádiz, apurando despacio su vaso de vino—. Roger nunca estuvo mezclado en... en asuntos turbios.

—¿Turbios? ¿Qué quiere decir con eso?

—Oh, no se haga el tonto. Usted es americano, y viene a ver la tumba de Marsha cada aniversario. ¿No es cierto?

—Pues sí, es cierto. ¿Qué tiene eso que ver con lo que usted dice?

—Habló de amarla. Pero ¿cómo llegó a amarla, señor Martin? ¿Por qué tuvo trato con ella?

—Como un hombre y una mujer tratan siempre, no importa el país donde se hallen ni la nacionalidad de cada uno —repliqué, algo áspero.

—No trate de engañarme. Usted sabe a lo que me refiero. Ella... ella no era una chica normal, no era una turista vulgar, y usted está bien enterado de ello.

—No sé de qué me habla. Marsha para mí siempre será solamente Marsha...

—Tal vez. Entre hombre y mujer surgen siempre extraños lazos afectivos, cosas que uno no entiende bien, pero que son perfectamente humanas. Acaso ocurrió eso entre ustedes dos. Pero usted sabe que el principio no fue ese. Usted sabe que hubo algo más, algo que inició esa relación... y que no era precisamente afectivo...

No respondí a eso. Sí, yo sabía que hubo algo que era diferente. Algo que no era afectivo. Algo que ligó nuestros destinos de forma inexorable. Algo que hacía ya tiempo que se olvidó, que se perdió entre tantas otras cosas perdidas, como la propia Marsha...

Pero aquel hombre no tenía por qué saberlo. Aunque fuese el suegro de Marsha, no parecía factible que el conociera la cuestión...

—¿No va a contestarme? —insistió él, sarcástico.

—Parece que no es necesario. Usted da la impresión de saber muchas cosas sobre Marsha.

—Sé las suficientes para saber que ella tuvo parte de responsabilidad en la muerte de mi hijo, aunque ella no fuera culpable, como asegura Ada... Ada es mi esposa, ya lo habrá imaginado.

—Ya lo he imaginado, sí —convine—. ¿Por qué dice ella que Marsha asesinó a su hijo?

—Sencillamente, porque alguien tuvo que hacerlo. A Roger le asesinaron.

—¿Sin lugar a dudas?

—Sin lugar a dudas.

—No lo entiendo muy bien.

—Es largo de explicar. Le estoy exponiendo solamente los hechos fundamentales.

Marsha y Roger eran marido y mujer. Roger murió violentamente. Nunca se supo quién le mató.

—Y su esposa pensó que era obra de Marsha.

—Exacto.

—¿Qué es lo que pensó usted?

—No acusé a Marsha. Pero supe que había un criminal en alguna parte. Y su víctima había sido Roger.

—Más tarde, fue Marshall la que murió.

—En efecto.

—¿Qué tiempo transcurrió entre una y otra muerte?

—Meses. No llegó al año.

—Entre tanto, yo conocí a Marsha. Y ella nunca me habló de Roger, ni de su boda. Y naturalmente, tampoco de su muerte.

—Pero todo eso había sucedido, señor Martin. Y alguien tuvo que matar a Roger.

—¿Cómo murió él?

—Una bala en la cabeza. Un proyectil de Calibre 22.

—Un proyectil calibre 22... —medité—. Esa es la forma en que mataron a Marsha un treinta de febrero.

Me miró como si me burlara de él. Luego, recordó algo e hizo un encogimiento de hombros, con una mueca sarcástica.

—Un treinta de febrero... —rezongó—. ¡Qué disparate! Debe disculpar al marmolista O tenía un raro sentido del humor, o estaba ebrio...

Marsha murió de madrugada del veintinueve al día uno —le recordó—. En cierto modo, el humor de ese hombre es admirable. Supongo que debería haberse cambiado esta lápida pero no valía la pena. Marsha también tenía sentido del humor. Le hubiera hecho gracia la inscripción. Incluso en su propia tumba...

Carlos Duncan Ferrando, el hispano-británico bebió un trago de vino del sur, transparente, dorado y aromático.

Luego, me miró con extraño gesto. Se inclinó hacia mí y me confesó abruptamente:

—Rosas para Marsha... Usted y yo sabemos eso. Y le traemos rosas. Ada también lo sabe. Pero nunca le trajo una sola flor. La sigue odiando, incluso después de muerta.

—Eso no es humano. Ni compasivo.

—Ada es así. Nadie logrará hacerla pensar jamás de otro modo. Para ella, Roger viviría si no hubiese sido el esposo de Marsha...

—Pero Marsha misma murió de igual modo. Si ambos tuvieron un enemigo común. ¿Qué culpa pudo tener ella?

—Eso es razonable. Y Ada no razona.

—Sí, entiendo... —incliné la cabeza—. Es mala cosa no querer comprender.

Yo mismo terminé mi brandy español con hielo. Hacía un ligero calor allá afuera. En la distancia, se veían las tapias y los cipreses emergiendo, como triángulos de verdor empinados hacia la altura.

De repente, Carlos Duncan Ferrando se inclinó hacia mí. Me dijo algo entre dientes.

—No somos solo nosotros los que depositamos flores en la tumba de Marsha —dijo.

Le miré, pestañeando.

—¿Ah, no? —pregunté, asombrado.

—No. Hay alguien más que le lleva siempre rosas rojas.

Un ramillete de una docena. Siempre es una docena.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? —Me sorprendí.

—Nadie lo sabe aquí. Se hacen cábalas, se rumorea, que nada hay seguro. Nadie sabe quién podrá ser la persona que trae esas rosas.

—¿El sepulturero, los empleados del cementerio acaso...?

—Nadie. NO logran localizar a quién viene y deja ahí esas cosas. No sé cómo lo hará pero así ocurre. Cada mes un día treinta...

—Excepto en febrero —sonrió sarcástico.

—Excepto en febrero, sí. Entonces, siempre es el último día del mes. Debe llevar ocultas las flores y las deja cuando nadie le ve, o a las horas que cierran el cementerio, pese a la vigilancia que han llevado a cabo. Las flores están al otro día allí. Y nadie vio a persona alguna depositarlas...

—¿Cómo pueden hacerlo, cuando ya está en guardia alguien, para descubrir al visitante con su tributo a la muerta?

—No me lo pregunte. No sabría contestarle a eso, amigo mío.

—Hay demasiadas cosas sin respuesta.

—Sí, demasiadas.

Suspiré. El hombre no se esforzaba por discutir conmigo o llevarme la contraria. Más bien parecía que estábamos ambos perfectamente de acuerdo en muchas cosas.

Probé un sorbo del vino dorado andaluz, oloroso y distinto. Se paró un automóvil enfrente y la radio del coche llegó a nosotros. Emitían música bailable. Música de mi país. Me pareció incongruente, en aquel paraje gaditano, soleado y apacible. Todo lo que se aparta del tópico es incongruente en su apariencia. Yo sabía, sin embargo, que España no era solamente folklore sureño, toros y pandereta. No, no era eso.

Puse sobre la mesa un billete, y llame a la camarera, una joven morena,

de ojos oscuros y piel atezada, que sonreía con facilidad. Carlos Duncan Ferrando no hizo acción de disculparse el pago. Ni siquiera se fijó en ello. Estaba meditando algo, con la vista fija, mentalmente muy alejado de, allí.

—Alguna vez se descubrirá la verdad —dijo de repente.

—¿Qué verdad? —me interesé—. ¿La de ese puñado de rosas?

—No, no ¿qué importancia puede tener eso? Me refería a la muerte de Roger. Y a la muerte de Marsha...

—La verdad siempre termina descubriéndose. Solo, que a veces, llega demasiado tarde. Cuando ya no interesa a nadie, Ferrando.

Asintió él despacio. Luego, de repente, levantó la cabeza. Me miró, como si acabara de descubrir que yo estaba allí. O que era algo más que un simple visitante de cementerios, después de todo.

—¿Es usted casado? —me preguntó de súbito.

—No —negué—. ¿Por qué pregunta usted eso?

—Se me ocurrió de repente. Después de todo, pronto hará cuatro años de lo de esa chica, Marsha. Aunque usted la amase... pudo casarse con otra, siquiera fuese para olvidarla a ella y lo que pudo significar en su vida. Es lo que acostumbra a hacerse en esos casos, ¿no es cierto?

—No lo sé. Yo, no lo hice. Pude soportar bien el dolor.

—Es hombre duro, ¿no?

—Trato de serlo cuanto puedo.

—¿Pensaba casarse con ella?

—Sí —le miré, ligeramente confuso—. Pensaba casarme con ella.

—Un hombre siempre piensa en casarse, cuando se cuela por una chica bonita y joven.

—Es diferente. Yo le pedí casarme con ella.

—¿Y...?

—Me prometió pensarlo y darme una respuesta días después.

—¿No se la dio?

—Eso sucedió un veintisiete de febrero, Dos días después la apareció muerta.

—Entiendo... —Duncan Ferrando inclinó la cabeza—. ¿Ella no le habló nunca de Roger?

—No, nunca.

—Se habían separado legalmente meses atrás. Posiblemente cuando se conocieron ustedes, o poco antes. Pero Roger no podía vivir sin ella. Trató de volver. Le rechazó. Dijo que era mejor así. Luego, de repente, Roger murió. Se pensó en un suicidio. Las autoridades españolas e inglesas estuvieron de acuerdo en que no era así. Se trataba de un asesinato. El

homicida nunca apareció.

—Roger y Marsha se casaron en Gibraltar —medité—. Eso daba legalidad a la Separación civil. ¿Por qué, entonces tendría ella que matar al hombre que ya no era nada suyo, y de quien estaba legalmente fuera de todo lazo?

—Es lo que yo afirmé. Pero Ada no piensa igual. Dice que algo sucedía entre Roger y ella. Algo oscuro, que nunca estuvo demasiado a la luz, demasiado evidente para nadie.

—¿Algo afectivo? —indagué, imaginando adónde iba a parar el hombrecillo de oscuro.

Negó rotundamente.

—No —dijo—. Algo profesional. Algo... de espionaje. De traición, en una palabra...

CAPÍTULO III

ESPIONAJE... ¿Traición?

El coronel Ward Temple me contempló muy fijo, repitiendo mis palabras. Yo moví afirmativamente la cabeza.

—Eso es lo que él dijo —convine.

—¿Qué sabe ese hombre para hablar así?

—No sé. Es anglo-español. Reside habitualmente en Gibraltar pero tiene una propiedad cerca de Cádiz, en el pueblecito de la bahía. Donde vivía Marsha... Donde vivía yo...

El coronel Temple no dejaba de estudiarme, desde la profundidad aguda de sus ojos grises. Los cabellos plateados en sienes y bigote, hacían parecer más oscura la tez habituada a recibir baños de sol en las costas españolas.

—Olvide a Marsha Doyle —me pidió secamente—. Olvide todo lo afectivo, ahora Martin. Los sentimientos nos hacen ser ciegos a ciertas cosas, y eso creo que es lo que le ocurre a usted.

—Sí, entiendo, señor —afirmé, muy serio—. Procuraré ser totalmente desapasionado.

—Usted sabe la verdad. Roger Duncan era agente secreto británico.

—Lo sé, señor. M.I.5. Espionaje para la fuerza Armada británica.

—Marsha debía saberlo también.

—Evidentemente.

—Pero... ¿Sabía Roger que Marsha Doyle era una de nuestras mejores agentes en Europa?

Me encogí de hombros. Me dolía esa cuestión. No me gustaba que comparasen a Marsha con una vulgar Mata-Hari. No era agradable.

—No sé. A juzgar por lo que hablaba ese hombre, el padre de Roger parece que realmente sabía algo, tanto él como sus padres.

—Usted sabe lo que es el mundo de los agentes secretos, Martin —me recordó el coronel, por si yo había olvidado tal cosa alguna vez—. Ingleses y norteamericanos trabajamos siempre juntos, amistosamente. Pero no hay amigos en nuestra esfera. Hasta el mejor camarada puede ser un adversario en potencia, alguien que juega con dos o tres barajas.

—Lo sé sobradamente, señor.

—Bien. Las relaciones Roger-Marsha, nunca provocaron suspicacias especiales por nuestra parte. Suponemos que Roger no tenía especial interés en sonsacar algo a Marsha relativo a Rota, ni ella una excesiva preocupación por las posibles bases nucleares de Su Majestad en Gibraltar.

—Esa parece la situación, en efecto. En ese caso, son intereses comunes los que están en juego. Bases europeas de países aliados en cualquier dificultad.

—Supongamos, sin embargo, que Roger fuese... un traidor a Su Majestad a su Gobierno.

Medité sobre esa posibilidad. Era algo que nunca podía darse de lado. La sospecha, el recelo, la incertidumbre, eran algo que los agentes secretos de cualquier potencia tenían que mantener consigo, si querían evitar sorpresas desagradables a la menor oportunidad.

—Parece improbable, pero no imposible —acepté.

—O supongamos que... fuese Marsha la traidora —concluyó Temple, sin dejar de mirarme.

Me agité inquieto. Pensé en protestar, en alzar airadamente la voz contra semejante insinuación. Por fin, no lo hice. Entre otras cosas, porque Ward Temple esperaba que lo hiciese.

—Es una suposición que nunca debe descartarse —admití con frialdad.

—En ese caso... cualquiera de ellos jugaría con dos barajas, buscando confiar al otro y sonsacarle así los secretos británicos o americanos, con vistas a una posterior información dirigida a otra potencia interesada en conocer los datos referentes a cualquier base angloamericana en Europa o en cualquier otro punto estratégico de defensa occidental.

—Eso sí tiene lógica. Pero ¿sería ese el caso? Ellos se divorciaron, al parecer sin llegar a probarse nunca que cualquiera de los dos hubiese faltado a su deber de servicio leal a su Patria. Por tanto... ¿qué sucedió realmente?

—Infiernos, eso es lo que me gustaría saber —refunfuñó el coronel, irritado. Me estudió con severidad. Luego, agregó con lentitud—: Mark, yo no puedo darle órdenes usted lo sabe. Soy un militar y usted un civil aunque ambos trabajemos para el Gobierno desde nuestros diferentes cargos y obligaciones.

—Es cierto, Coronel.

—Usted, sabe mejor que nadie, que si anteriormente le gustó España para venir aquí a pasar sus vacaciones, y que en una de tales ocasiones conoció a Marsha, sus dos últimas visitas en este país, han sido para cumplir una misión un trabajo de su Departamento.

—¿Adónde va a parar con todo eso, señor?

—Déjeme terminar, Martin. Ahora, estamos ambos mezclados en un mismo asunto y tenemos que cooperar, al margen de sus sentimientos hacia una persona muerta, y al margen virtualmente de muchas cosas de tipo efectivo que significaran algo en el pasado. Eso quedó atrás.

—En efecto. Quedó atrás hace tiempo. No necesita decírmelo.

—Prefiero recordárselo, Martin. Quiero que tenga bien presente lo que esperamos de usted. Este es un país amigo, donde no nos dedicamos a ejercer espionaje alguno, pero sí en cambio, es cruce de muchos caminos tortuosos de la intriga internacional por su situación geográfica entre el Continente europeo, Oriente Medio, África y el Atlántico Norte. En suma, un agente secreto en territorio español, no se preocupará jamás de España, sino de lo que en ella pueda acontecer, con la presencia de determinadas personalidades extranjeras. Madrid, Barcelona, Sevilla, o Cádiz puede ser una encrucijada de espías, como durante la guerra mundial lo fue Lisboa que tampoco hoy se queda al margen de esa clase de intrigas precisamente por hallarse estos países al margen de Tratados de Defensa Militar internacional como la NATO y cosas así.

—Sé, todo eso, coronel.

—Pero usted, sin embargo ha sido destinado nuevamente a España, para cumplir una Misión bajo la falsa apariencia de unas vulgares vacaciones. Usted está aquí para cooperar con nosotros.

—Así es. Como dicen en el código cifrado, estoy aquí para la “Operación Punta Sur”

* * *

—“Operación Punta Sur”... —repitió con un suspiro el coronel Temple, de la Fuerza Estratégica Naval de la base de Rota—. Exactamente, Mark. Las autoridades españolas no nos ayudarán en ello, aunque tampoco nos pongan dificultades especiales. Es algo que debemos hacer nosotros mismos, sin auxilio de nadie. Solamente en el caso de que alguien cometa en territorio español, un delito común, un robo o un homicidio una violencia cualquiera, las leyes del país caerán implacables sobre el infractor. Y en ese caso, Martin recuerde algo: usted estará de vacaciones, y el hecho habrá sido fortuito o por razones personales. Ni el Gobierno ni el personal de esta Base respondería por usted ni justificaría su comportamiento. La Ley caería sobre usted íntegramente, con todo su peso. ¿Lo ha entendido bien?

—Le he entendido perfectamente —afirmé, muy serio—. Ya había sido advertido en ese sentido.

—Nunca está de más recordarlo. La “Operación Punta Sur”, en cierto modo, no afecta a este país en absoluto. Solamente es el escenario obligado a ella... porque en este territorio está el enemigo a quién hemos de combatir, Martin.

—“Robin Hood”.

—Exacto. “Robin Hood”... —hizo un gesto sarcástico—. Un nombre simpático y novelesco, para el peor ejemplar de la especie humana. Tiene su ironía, ¿no?

—Me hablaron de ello en Washington, coronel. El nombre-clave le sienta bien a nuestro adversario. No es un bandolero romántico, ciertamente, como el que luchó por Corazón de León en Sherwood, pero sí se oculta con su misma habilidad, en el bosque del misterio. Prácticamente, es imposible de aferrar, evasivo como el propio Robin de los Bosques.

—Evasivo... y cruel.

—Implacable, señor. Un asesino sin conciencia.

—Y sin rostro.

—Sin rostro... —repetí, pensativo—, sí me gustaría saber qué rostro tiene, cuál es su verdadera identidad. Me gustaría penetrar en ese misterio y ver por una vez a “Robin Hood”, sin máscara ni disfraces.

—Nadie lo logró hasta ahora, Mark. Ese hombre es el mismo diablo. Y lo que es peor cuenta con una organización amplia, poderosa, tan implacable como él mismo.

Asesinos reclutados entre los peores criminales del mundo, bien pagados, como mercenarios de una causa sin banderas, de un simple pirata, un corsario del crimen internacional sin otra bandera que su propio lucro, su ambición desmedida y su falta de escrúpulos, de patria, de amor a nada ni nadie que no sea el dinero fácil abundante obtenido a cualquier precio y a costa de quien sea. Esa es la clase de rata humana que debemos capturar o aniquilar sin piedad alguna, pisoteándolo como a una alimaña, si tenemos ocasión para ello.

—Sin embargo, nadie me ha explicado por qué sospechan en mi Departamento y en el Pentágono que “Robin Hood” esté aquí precisamente...

—Hay razones para ello. Un hombre, un irlandés desertor de su país, llamado Ian Flaherty, servía a “Robin Hood” como guardaespaldas personal suyo. Pertenecía a un movimiento terrorista de Irlanda, y estaba acusado de atraco y de varios homicidios. Una confidencia nos reveló un

día que era uno de los que jamás se separaban de “Robin Hood”, fuese este adonde fuese. Pues bien, Flaherty, ha sido hallado en España. Le mató la policía española persiguiendo a los autores del asalto a un Banco. Uno de ellos era Flaherty. Si él está aquí, es que su jefe también lo está. Ello se ha probado sin lugar a dudas, porque el cadáver de Flaherty fue robado del depósito de cadáveres antes de tener lugar su inhumación, y no fueron hallados los ladrones del cuerpo, ni este tampoco.

—¿Por qué cometerían tal robo?

—Se ignora. En sus ropas no parecía haber pertenencia alguna especial, ya que había sido minuciosamente registrado por las autoridades españolas, al ser notificadas por nosotros de la personalidad real de ese hombre. Se puede deducir que absolutamente nada quedaba sobre él, a no ser que fuese algo muy especial que ninguno hemos llegado a sospechar.

—De modo que se supone que otros esbirros de “Robin Hood” procedieron al robo del cuerpo, por la razón que fuese.

—Exactamente. Eso ha sucedido hace cinco días, en Jerez de la Frontera. Por tanto, es difícil que “Robin Hood” haya abandonado ya España, aunque indudablemente lo hará en cualquier momento, si ve que aquí existe el peligro de ser identificado o localizado.

—¿Ninguna otra pista?

—Sí, la pista derivada del robo del cadáver de Flaherty. Unos campesinos de Puerto de Santa María, aseguran haber visto por la carretera de Cádiz a un automóvil de matrícula turística, a cuyo volante viajaba un extraño personaje. Un hombre con el rostro de una calavera.

Me erguí, sorprendido.

—¡“Robin Hood”, con su máscara predilecta! Pero la Policía local, en principio, pensó que los campesinos habían bebido y nosotros no nos hemos esforzado demasiado en disuadirlos de eso, para evitar que busquen con excesivo celo, y nuestro pájaro levante el vuelo...

—De modo que, según eso, “Robin Hood” podría estar ahora, en las proximidades de Rota, en cualquier lugar de la provincia de Cádiz.

—Yo voy más allá. Creo que él está aquí. Y que no se ha marchado todavía, porque no le conviene marcharse, pero alguna razón de mucho peso le liga a nuestra vecindad en los actuales momentos...

—¿Qué razón puede ser esa, señor? —indagué—. ¿Algún interés militar en Rota?

—Digamos, más bien, que en algo o alguien que va a pasar por Rota dentro de cuarenta y ocho horas... de camino para otro lugar del mundo.

No pregunté qué era ello. El tono confidencial del coronel Temple me

daba a entender que era un “Top Secret” de tipo militar. Y por mucha que fuese nuestra cooperación y nuestros comunes intereses en defensa de los Estados Unidos y del mundo occidental... yo era solamente un civil para ellos.

—Por tanto... hay dos fechas por delante para tratar de identificar a “Robin Hood”.

—Exactamente. Y tres fechas, justas, para que varias personas, todas ellas de ciudadanía extranjera, abandonen legalmente el país.

—¿Eso quiere decir que... cualquiera de ellas puede ser “Robin Hood”?

—Exactamente —suspiro el coronel Temple poniendo ante mis ojos una lista mecanográfica, sobre la mesa de trabajo de su despacho, en la residencia de Jefes de la Base hispano-norteamericana—. Ahí tiene sus nombres detallados.

Leí la lista. No era muy amplia:

Lukas Lo Ducca — (De Trieste)

Maury Katz — (Varsovia, Polonia)

Max Gottehrer — (Berlín)

Lena Gifford — (Ottawa, Canadá)

Gerald La Salle — (Apátrida)

Oona La Salle — (de soltera, Oona Welles. Norteamérica. De Pittsburgh, Pennsylvania.)

Carlos Ducan Ferrando — (Liverpool. Inglaterra. Reside actualmente en Gibraltar)

Stella McNally — (Glasgow, Escocia.)

Boris Zakov — (Tbilisi, Georgia, URSS)

Levanté la cabeza, sorprendido. Eran varias cosas las que me chocaban de aquella lista.

—¿Duncan Ferrando, el padre de Roger? —indagué.

—Eso es. ¿Sorprendido?

—Un poco, No creí que se marchara tan pronto. Demasiadas mujeres también. La esposa de la Salle, Lena Gifford, Stella McNally...

—Me limité a anotar las personas de nacionalidad extranjera que abandonan España dentro de setenta y dos horas. Una de ellas puede ser “Robin Hood”.

—O tal vez ninguna.

—Pudiera ser. Depende de los planes de nuestro personaje. Pero si son los que yo sospecho, estaría deseando dejarse de Rota lo más posible, una vez alcanzado su objetivo.

—Hay algo más que me sorprende.

—¿El ruso Zakov? —rio Temple.

—Solo en parte. Sería demasiado fácil que nuestro enemigo fuera él. Pero ¿Qué hace un ruso en Cádiz?

—Oficialmente, turismo. Es un ciudadano como otro cualquiera. Al parecer eligió España para sus vacaciones. Ninguna objeción. Parece que es un comerciante bastante adinerado. La burguesía también existe en el paraíso del proletariado, mí querido Mark.

—Lo que me sorprendía es ese La Salle. ¿Realmente no tiene patria?

—No, no la tiene. Es ciudadano del mundo. Nació a bordo de un buque de la Cruz Roja, durante la Segunda Guerra Mundial. Se le dio a elegir nacionalidad, y las rechazó todas. Su padre había muerto, y su madre era americana. Hizo dinero, y el dinero lo arregla todo. Incluso la falta de nacionalidad. Nuestro hombre está contento tal como es, y nadie se mete con él.

—De modo que, según usted... uno de ellos es “Robin Hood”.

—Estoy casi seguro de eso.

—Yo también quisiera estarlo. Pero creo que es difícil arriesgarse en pronósticos sobre ese punto... —agitó la lista, meditativo—. ¿Qué se espera que haga yo con todo esto, en solo cuarenta y ocho horas de tiempo?

—Justamente lo que se espera que resulte la “Operación Punta Sur”: la captura o muerte del hombre que roba secretos a los Estados Unidos o a cualquier otro país para proporcionarlos luego al mejor postor, sin importarle quien caiga antes, ni tampoco quien pueda caer después, a causa de su comercio de cuestiones militares de la mayor importancia.

—Sí, esa es mi misión en España, coronel. Pero ¿por dónde debo empezar?

—No sé, Mark. Creo que un hombre como usted, joven y apuesto, que tiene éxito con las mujeres, debe empezar justamente por ahí: por una mujer.

—¿Alguna orientación al respecto? —sonreí, irónico.

—Usted es más experto que yo en la materia —rio el coronel—. Siga fingiéndose el enamorado triste y melancólico, si quiere, pero ocúpese del asunto que le han confiado en la Oficina Federal de investigación. Personalmente, si quiere que le dé una pequeña pista, vaya a la zona residencial de la bahía... Y de todos los lugares de ese hermoso paraje, al Hotel Atlántico.

—¿Qué ocurre en él?

—Tiene allí a dos hermosas mujeres de esa lista; Lena Gifford, la

canadiense... y Oona La Salle, con su esposo Gerald, el apátrida... Océpese especialmente de la primera. Y trate con tacto a la segunda. Su esposo, Gerald La Salle, no tiene patria pero sí una gran suspicacia para ciertas cosas... Si descubre que corteja a su mujer es capaz de matarle. Es muy violento el tal La Salle...

—Excelente —reí entre dientes—. Parece que voy a divertirme bastante en ese Hotel.

Doblé la lista, guardándola en un bolsillo. Luego, me puse en pie, estrechando la mano del coronel Temple con calor.

—Buena suerte, Martin —me deseó—. Por el bien suyo... y por el de todos.

—Gracias, coronel —dije—. Espero tenerla.

—Tenga también mucho cuidado con lo que hace —me recordó el militar— esté seguro de que si se aproxima demasiado al fuego, se quemará en él. “Robin Hood” no vacilaría en absoluto en asesinarle, si usted le obliga a ello, haciéndole pensar que constituye un peligro para él...

—Lo sé, señor. Lo sé muy bien... —dije antes de abandonar el despacho del coronel Temple.

* * *

El Hotel Atlántico era como una larga mancha blanca, estilizada y moderna, que bordease el azul y oro de la costa gaditana. Más atrás, lomas verdeantes. Al fondo de la playa la blancura cristalina de las salinas, como montes de extraña nieve eterna, de reserva a los clientes del Hotel, entre palmas y macizos de flores, entre césped y gravilla que rodeaban la cinta asfaltada, gris oscura, de la ruta bordeando el mar y gravilla que rodeaban la cinta asfaltada, gris oscura, de la ruta bordeando el mar y bajé del coche. Encendí un cigarrillo. Suponía que con mi atuendo claro, ligero mi tez bronceada y mi reducido equipaje daría perfectamente la imagen del americano, desocupado y rico, liviano e intrascendente, un poco estúpido y un poco desplazado. A veces, conviene ser así. A veces, uno no debe aparentar ser demasiado listo en ninguna parte. No digo que muchos compatriotas míos necesiten fingir para dar el papel de tontos en el extranjero, pero personalmente y aun pecando de inmodestia puedo afirmar que no soy nada estúpido, y que España como cualquier otro país europeo es para mí perfectamente conocido y sé cuál es su ambiente espíritu e idiosincrasia, hasta el punto de que, a no ser mi meloso acento tejano, levemente parecido al sureño hasta el punto de que, a no ser mi meloso

acento tejano, levemente parecido al sureño de esta península europea, podría perfectamente pasar por un joven de cualquier con los ojos tan pardos como los míos, de modo que nada hay especial en ese sentido, respecto a mí y a los demás.

Dejé de divagar sobre toda ese serie de cosas que no conducían a nada, y caminé hacia el hotel. Me crucé con militares varios compatriotas, en los que adiviné su identidad de militares de la Base Naval de Rota, de permiso o de vacaciones, acompañados algunos de sus esposas, y otros de sospechosas muchachas jóvenes, morenas y espectaculares, a las que los bikinis realizaban extremadamente sus formas exuberantes. Decididamente no todos iban con sus esposas, pensé. Y era lo habitual en los hombres que vivían largo tiempo lejos de sus hogares y de su familia. Creo que en eso, no importa la nacionalidad ni la raza del individuo.

Dejé de divagar sobre toda esa serie de cosas que no conducían a nada, y caminé.

Crucé las puertas floridas del Hotel Atlántico. Me inscribí en el registro del hotel. Habitualmente, no era tan dilapidador de los gastos a cuenta de mi querido Tío Sam, pero el coronel Temple había sido en eso tan tajante como mis jefes de Washington, en el Departamento de Justicia, del que depende el Federal Bureau of Investigation.

—Gaste lo que sea preciso, pero alterne con las personas que nos interesan, y del modo más rápido e intenso posible había dicho Temple— pásame una cuenta de sus gastos. Irán a parar a la Caja del Pentágono o del FBI, pero ciertamente, usted no tendrá problemas en eso. Si debe sobornar a alguien, tiene carta blanca, al menos hasta el tope de cien mil dólares...

Eso me había dicho. Y habían seguido sin informarme sobre aquel asunto secretísimo que iba a tener por escenario Rota, en cuestión de cuarenta y ocho horas y que había movilizó a los Servicios de Inteligencia del Pentágono, La CIA y el FBI, para promover la “Operación Punta Sur”, justamente aquella punta sur de Europa que era el sur de la península española, para evitar que nuestro personaje, de Nombre-clave “Robin Hood” llegara a hacer peligrar ese “algo” que iba a relacionarse con Rota de una u otra forma en breve espacio de tiempo.

No me importó demasiado. El “top secret” podía ser una bomba nuclear o un nuevo submarino atómico, o un arma especial diferente a las conocidas. Me tenía sin cuidado su naturaleza. Era su seguridad la importante. Y si ellos consideraban que no era preciso conocerla para defenderla, allá ellos, que sabían bien lo que llevaban entre manos como militares que eran.

Yo conocía lo bastante Europa como para saber que el turismo no siempre está mejor en un hotel lujoso, sino que a veces una pensión, una residencia o una Casa particular era lo mejor del mundo para un hombre solo. Eso, o un apartamento pequeño y un restaurante para comer lo que uno quiera.

Sin embargo, allí estaba ahora. En el hotel Atlántico, en pos de algo o de alguien. Di mi nombre, naturalmente y mi condición habitual de representante comercial, excusa siempre eficaz para los que prestamos servicios especiales fuera de nuestro país. Lo gracioso era que la firma comercial que yo representaba, existía. Y un Mark Martin prestaba sus servicios en ella. Su fotografía, sus huellas y datos personales eran los míos. El FBI no descuida esos pequeños pero trascendentales detalles. Trascendentales sobre todo, para quien arriesga su pellejo en algo, lejos del suelo patrio.

Crucé las piscinas, azules y límpidas, donde se bañaban los residentes habituales del hotel Atlántico. Muchachas bronceadas, hombres que alardeaban de su pericia en las aguas, gordos burgueses con sus compañeras —no siempre esposas legales —y todos los que podían pagar la elevada factura diaria de semejante hotel, sin sufrir graves trastornos económicos.

Me asignaron un apartamento en el segundo piso, justamente sobre la piscina. Tenía una amplia terraza, embaldosada de colores, con toldos de policromadas franjas asomada justamente a las piscinas y su interesante perspectiva. Más allá, dejando unas blancas escaleras flanqueadas de alegres macetones y blancas, enjalbegadas barandillas, asomada el oro fino de la arena y el agua festoneada por el encaje de la espuma. También había abundante personal en la playa.

Di una buena propina al “botones”, un muchacho pelirrojo, pecoso y burlón que hubiera podido ser igualmente inglés que alemán aunque era español y se llamaba Antonio.

—Pero dígame Tony —pidió él mismo, guiñándome un ojo y guardando su dólar de propina al alejarse en mi apartamento—. Es más fácil. Y más internacional...

Me reí al quedarme solo. Esos muchachos de los grandes hoteles son igualmente pillos en todas partes. Y conviene estar siempre a buenas con ellos, si uno quiere sacar en limpio algo que no es fácil de obtener por medios habituales directos.

Asomé a la terraza. ¿Quién sería la canadiense Lena, y quién la señora La Salle? Cualquiera de aquellos hermosos cuerpos que se bronceaban,

tendidos al sol, o brillaban moviéndose culebreantes en el agua de las piscinas... O tal vez ni siquiera estuvieran allí.

Cerré los ojos. No quise pensar en ella. En aquel cuerpo bronceado al sol, en aquellos cabellos color de miel, en aquellos ojos como esmeraldas fulgurantes, en aquellas formas de escultura viva...

No quise pensar en aquella noche que bailé en el Atlantic Club. Hasta entonces no había pensado en ello, pero el Atlantic Club era una *boîte* nocturna, al borde del agua, que pertenecía también a la misma empresa del Hotel Atlántico. Acababa de ver allá, a un lado, sus altos setos, sus instalaciones, sus toldos color naranja vivo.

El Atlantic Club, una noche estrellada, calurosa... Olor a brisa, a mar, a rosas y a perfume de mujer. Perfume de gardenias, exactamente. Un cuerpo contra el mío, unos pasos de baile... Cabello color miel, ojos color esmeralda, boca color carmín... Piel de bronce dorado.

Y ella.

Marsha.

Abrí los ojos de nuevo. El sol me hizo daño. Pero el embrujo se alejó. Y Marsha con él...

—Siempre ella... —me dije entre dientes—. ¿Por qué? ¿Por qué debo recordarla? ¿Por qué no mueren los recuerdos, igual que las personas?

Me retiré de la terraza, regresando al interior del apartamento. Me dije que esa misma noche, a la hora de la cena, utilizaría los servicios de Tony, el avisado “botones” pelirrojo, para facilitar las cosas un poco más.

Hice bien. De ese modo, todo resultó mejor. Al menos, bastante más rápido que si hubiera tenido que llevar yo a cabo toda la tarea. La complicidad de un “botones” es siempre importante en ciertas maniobras, y esta vez no fue una excepción.

Así conocí a Lena Gifford, justamente a la hora de cenar.

CAPÍTULO IV

ERA morena. Sorprendentemente morena para ser Canadiense. Ojos oscuros, piel color bronce oscuro. Y oscuras pestañas, oscuras cejas. Todo oscuro, menos su sonrisa, luminosa y limpia, de nítidos e iguales dientes blancos.

El descote en V, de su Traje, era profundo. Lo que permitía ver, espléndido y exuberante. Lo que permitía adivinar, más espléndido aún a juzgar por lo presentado.

Ocupaba su mesa. Justamente ante un ventanal asomado a la playa, en la primera planta del hotel. Abajo, otro restaurante al aire libre, era acariciado por la brisa suave de la bahía gaditana. De alguna parte, llegaban unos acordes de una canción española sofisticada, en la voz de algún cantante más moderno que clásico aunque acompañado de guitarras hispanas.

—Siempre temo recibir a un hombre viejo y gruñón, como compañero de mesa —comentó ella risueña—. Siempre que llego a un hotel, claro está.

—A mí, me ocurre lo mismo —reí—. Hay tantas viejas solteronas con perrito y todo haciendo turismo por esos mundos... ambos nos echamos a reír jovialmente de mi comentario. Se sirvió entremeses. Yo también. El vino era como rubíes acumulados en las copas.

—¿Conoce usted bien este país? —preguntó ella.

—No mucho —mentí—. Estuve una vez, hace tiempo. Y ahora, nuevamente...

—Ya lo conoce mejor que yo. Es la primera vez que vengo.

—¿De veras?

—Palabra. Me gusta conocer todos los países del mundo.

—¿Es millonaria?

—Cielos, no —soltó una carcajada—. Dije que me gusta conocerlos todos, no que los conozca. Llevo aquí una semana, y apenas si vi nada. Un poco Cádiz, otro poco los alrededores...

—Es una hermosa tierra, créame. Me gustaría conocerla mejor. ¿A usted no?

—Por supuesto, pero solamente me quedan dos días de estancia.

—¿Cómo? ¿Se va tan rápidamente?

—Trabajo en Ottawa. Debo volver a mí tarea. Es algo molesto, pero inevitable.

—Sí, ya lo imagino... —asentí. Miré al cielo del sur, a sus astros, a la noche, al mar y al paisaje blanco y verde oscuro—. De cualquier modo, tiene dos días. Podría mostrarle algo de cuanto conozco de Cádiz y sus alrededores.

—Excelente —aceptó ella, palmoteando risueña. Se inclinó hacia mí—. ¿Sabe una cosa? Algunos españoles me han ofrecido eso mismo pero alguien me avisó... Dicen que tienen fama de conquistadores...

—Bueno, hay muchos tópicos sobre esas cosas. Pero me alegro que no haya aceptado a nadie. Así aceptará mi oferta. ¿O cree que los americanos también somos don juanes?

—El tópico no dice nada de eso —fio Lena Gifford—. Acepto su ofrecimiento, señor...

—Martin. Mark Martin...

* * *

Era buena la orquesta del Cactus.

Bailamos hasta aquel último tango que me dejó prácticamente agotado. Volvimos a la mesa, caminando lentamente entre las mesas, iluminadas por lámparas individuales.

—¿Fatigada? —pregunté.

—Un poco —admitió ella lentamente.

—¿Paseamos?

—Sí, será mejor que bailar.

Caminamos hacia las mesas situadas en otra planta inferior, justamente delante de una franja de arena y cactus y mar. Era como el paisaje de una película en color de ambiente tropical. Pero no era decorado, sino absolutamente real. La brisa marina llenaba los pulmones, y agitaba el negro cabello sedoso de Lena Gifford. La miré de reojo, y ella lo descubrió.

—¿Por qué me mira? —preguntó.

—Usted lo sabe. Es hermosa. Se debe mirar todo lo hermoso.

—Gracias —rio entre dientes—. ¿Va a hacerme el amor?

—Depende de usted.

—Entonces, no me haga el amor —pidió. Sacudió la cabeza, mirando a su alrededor—. Es peligroso en sitios así.

—¿Por qué? —pregunté ingenuamente.

—Usted lo sabe. El ambiente, la noche, el embrujo de todo esto...

—Sí, tiene razón —asentí despacio, como reflexionando—. Una vez, aquí mismo sentí el amor.

—¿De veras? —me contempló, intrigada, como cualquier mujer hubiera hecho—. ¿Qué amor fue ese? ¿Una española?

—No. No. Una compatriota. Una americana, turista como yo. Fue en mi anterior viaje. Ella también era joven, bonita... También era de noche, y la música sonaba agradable y la brisa soplaba así...

—¿Ella se marchó ya?

—No. Ella murió —dije gravemente.

Se quedó seria, rígida. Me miró con asombro, deteniéndose en su paseo como si yo hubiera dicho una sosa increíble.

—¿Eso es de verdad? —exclamó.

—Muy de verdad —asentí—. Iba a casarme con ella.

—¿Estaba enferma?

—No. La asesinaron.

—¿Cómo? —Lena iba de asombro en asombro. La estudiaba muy interesadamente, aunque ella no lo advirtiera. Me pareció que no fingía en absoluto—. ¿Eso es posible?

—Sí. Alguien disparó contra ella.

—¿Quién?

—No se sabe. Su cuerpo apareció en la bahía. La bala le fue clavada a quemarropa. No, fue agradable verlo.

—Es una historia terrible —cruzó sus brazos, de modo que con cada mano, acarició y protegió al hombro opuesto—. De repente, he empezado a sentir frío...

—¿Volvemos? —sugerí.

—No, no es lo mismo —se puso a caminar por la arena de playa en sombras, frente a las luces del Cactus.

La noche es fría. Fue eso que ha contado...

—Olvídelo. Será lo mejor. No es agradable hablar de muerte con una chica. Ni siquiera es justo hacerlo. No tengo por qué arruinar su noche.

—Es que resulta tan extraño lo que ha dicho... Alguien sentiría odio hacia ella. O celos o algo capaz de provocar una acción tan tremenda...

—Si fue así, nadie lo ha sabido jamás, créame —suspiré—. Lo cierto es que ella está muerta ahora. Y mi sueño de amor desapareció para siempre.

Caminamos un pequeño trecho más. Luego, me preguntó con voz apagada:

—Siendo así... ¿por qué ha vuelto a España?

—Quizás porque está ella aquí. Y puedo llevarle unas flores...

—¿No tenía familia?

—No. Y pidió que, si moría deseaba ser enterrada en España.

—¿Presentía ella la muerte?

—Es posible —me encogí de hombros—. Un día me pidió rosas.

—¿Rosas?

—Para su tumba. Me hizo prometerle que le traería rosas para ella, siempre que viniese aquí, si llegaba a ocurrirle algo.

—Y usted cumple su promesa...

—Sí, por supuesto.

—De modo que ella parecía saber que su vida sería corta que la muerte estaba ya cerca...

—Exacto. Lo sabía, o lo presentía. Lo cierto es que así ocurrió.

—Tengo curiosidad por saber algo más de esa extraña mujer. Su nombre... ¿cuál era?

—Marsha. Marsha Doyle... —expliqué.

No desviaba mi atención de la bella canadiense. No vi reacción alguna en su gesto, en su modo de mirarme. Posiblemente nunca había oído hablar de Marsha. Pero eso no quería decir que ella no tuviese relación con “Robin Hood”. Yo ni siquiera podía relacionar en modo alguno a Marsha con ese misterioso personaje enmascarado que dirigía el robo de secretos militares y su venta a los mejores postores. Pero resultaba extraño que en pocos años, un agente británico, otro de mi país, y los hombres de la temible asociación pirata de agentes sin bandera de “Robin Hood” coincidieran todos en aquella zona gaditana cercana a una Base de aprovisionamiento naval norteamericana.

¿Existía un nexo oculto entre Marsha, Roger sus muertes violentas y la presencia de “Robin Hood” en suelo español? Y si lo había... ¿cuál era este?

—Marsha Doyle... —repitió lentamente mi compañera de aquella noche, tendiéndose en la arena apaciblemente—. Pobre muchacha...

—Sí, fue muy penoso todo —suspíré acomodándome a su lado—. Siempre hermosa, siempre sugestiva, siempre llena de vida... y, de repente, convertida en un cadáver deformado, con el cráneo destrozado por una bala que penetró por su ojo derecho...

Cerré los párpados, angustiado ante el recuerdo. Evocando aquel cuerpo magnífico con su bikini escarlata, con su carne bronceada casi devorada ya por los cangrejos, con aquel anillo que yo la regalara solo unos meses atrás...

—Dios mío, no siga —me pidió junto a mí Lena, y sentí el escalofrío

de su piel contra la mía.

—Perdone —murmuré—. No debí hablar de todo eso...

Me tendí en la arena, sin despegarme de ella. Estaba frío el suelo de la playa oscura. Luego, de repente sucedió algo.

De las sombras, allá en las dunas arenosas, brotó una luz súbita, llameante y un extraño ruido como el de un taponazo. No sé por qué sentí en mi piel la sensación helada del peligro. Y la caliente de la sangre derramada.

Era sangre, sí.

Sangre de Lena Gifford. Ella apenas si lanzó un grito ronco. Cayó sobre mí, como un fardo. Sentí correr aquello, rojo, espeso y caliente, sobre mis manos. Salté vivamente tirando de bruces a la muchacha herida, sin saber aun claramente lo que ocurría, pero sospechándolo muy vivamente.

Busqué mi arma, pegándome yo mismo al suelo, y dos veces disparé contra las dunas levantando nubes de arena. Mi arma no tenía silenciador, como la que había herido súbitamente a Lena Gifford. Se sintieron perfectamente los dos estampidos en el silencio de la playa, y llegaron hasta la terraza iluminada del Cactus provocando alarma.

Un brusco roce, un chirrido largo sobre la arena, me probó que alguien corría, huyendo de aquella zona con toda la rapidez posible. Las dunas me impedían ver al que escapaba, fuese quien fuese. Pero no había duda que era el que había disparado sobre Lena. O, mejor dicho... sobre mí.

Porque de no haberme echado yo repentinamente en la arena, la bala que alcanzó el cuerpo de Lena, hubiese ido directamente... a mí cabeza.

Una hermosa idea esta. Me sentí molesto, furioso con el agresor emboscado. Miré a Lena, que permanecía inmóvil en la arena. Corrí hacia las dunas, agazapado, haciendo fuego otra vez.

No estuve seguro de haber acertado. Estaba todo demasiado oscuro más allá de los promontorios arenosos.

Cuando los salvé, lanzándome en una zambullida, de bruces sobre la arena, para evitar ser alcanzado por cualquier disparo, no sucedió nada. Oí crujir de matorrales, no lejos de allí.

Mi carrera en esa dirección era un poco suicida, pero la emprendí, a todo riesgo, ávido por dar caza al agresor de la playa. El ruido se alejó de mí. Luego, oí un motor en funcionamiento. Me pareció una motocicleta. Disparé una vez más. Mi bala hendió matorrales, aunque posiblemente no tocó al fugitivo ni a su máquina porque el motor arrancó, y se distanció de mí rápidamente.

Llegué al fin al borde de una carretera vecinal, entre cercas de

propiedad privada. Vi a no mucha distancia una luz roja, la posterior de una motocicleta. Después de todo, había tenido fortuna. No acostumbro a fallar blancos tan fáciles.

Apreté el gatillo una vez más. Hice fuego.

Un neumático reventó violentamente, bajo la luz roja. La motocicleta dio un brinco violento. Alguien salió despedido de su sillón, oí rodar un cuerpo por el suelo y una imprecación sonó clara en mis oídos. La motocicleta rodó por una cuneta.

Llegué allí en pocas zancadas. Grité al hombre que daba tumbos en el suelo:

—Ni un movimiento más, o le vuelo la cabeza.

El otro se quedó quieto. Sabía que yo no estaba bromeando. Busqué en mi bolsillo y extraje la lámpara eléctrica. La asenté sobre el caído violentamente, sin soltar mi arma en la otra mano.

Descubrí a un hombre rubio, de escaso cabello ralo, y ojos muy azules. Me miraba furioso, como irritado.

—¿Por qué lo hizo? —rugió—. ¿Por qué disparó usted?

—Eso es lo que quiero preguntarle yo. ¿Por qué huía?

—No estaba huyendo. ¿Es que no lo entiende? —masculló él.

—Eso va a contármelo luego. ¿Quién es usted? Me gustaría saber su nombre...

—Me llamo Maury Katz, y soy ciudadano polaco —me explicó fríamente—. No he cometido delito alguno, pero usted casi me mata, destrozando la rueda de mi vehículo.

—Si matar a una mujer de un disparo no es un delito, es que yo no entiendo muy bien las leyes —le dije al polaco—. Vamos, en marcha. Le llevaré al hotel. Espero que convenza de eso a todo el mundo...

Me obedeció. Entre otras razones, porque no tenía otro remedio que hacerlo así.

Empujado virtualmente por mí arma, se movió en dirección de nuevo a la playa y al hotel Atlántico.

* * *

No era muy alto. Tenía cabello castaño, salpicado de canas, ojos agudos, color café, una sonrisa fría, pero cortés, y una figura tranquila, apacible, vestida correctamente de color gris oscuro.

—Mi nombre es Maldonado —me dijo—. Comisario Maldonado, de la policía local.

—¿Se encuentra usted bien, señor Martin?

—Sí, muy bien —asentí—. ¿Y ella...?

—¿Su compañera, la señorita Gifford? —sonrió amablemente—. No tema por ella. Está relativamente bien. La herida fue superficial. Sangró en abundancia, y perdió el conocimiento, pero no reviste gravedad, como se temió al hallarla.

—Cielos, menos mal... —murmuré aliviado. Me apoyé en el muro. Le tendí mi arma—. Yo hice los disparos, comisario. Perseguí al agresor.

—Sí, entiendo. ¿Tiene permiso de Armas?

—Lo tengo, sí. Avalado por las autoridades españolas, comisario —le mostré mis documentos.

El los examinó atentamente. Luego, me miró pensativo. Sacudió la cabeza, devolviéndome todo ello.

—¿En su país, todos los representantes comerciales van armados? —sonrió irónico.

No supe qué decir. El policía español me había cazado. Hice un gesto de disculpa.

—No esperaba tener que utilizarlo en mis vacaciones. Acostumbro a tirar al blanco.

—Su arma es muy potente para tiro al blanco, señor Martin.

—Me gusta esa clase de ejercicio, comisario —alegué—. ¿Es un delito?

—No, claro que no. Pero usted disparó sobre ese caballero polaco que también hace turismo... El señor Katz.

—Huía de mí. Por eso disparé.

—El asegura no llevar armas. Se le va a hacer la prueba de la parafina, para ver si disparó recientemente. El afirma que no es cierto, y que usted cometió un grave error, puesto que lo que él hacía, a su vez, era perseguir a otro motorista que huía de la playa, tras los disparos.

—No oí ningún otro motor.

—Dice que era una motocicleta japonesa de poco cubicaje y motor silencioso —sonrió Maldonado.

—Es posible —me encogí de hombros—. Pero tendrá que probar eso. ¿No es cierto?

—Muy cierto, sí. Por otro lado, señor Martin, ¿podría decirme usted por qué dispararon contra ustedes en la playa? Quiero decir. ¿Tiene enemigos acaso?

—Uno siempre tiene enemigos, aunque no lo sepa —traté de mostrarme evasivo.

—No va a convencerme con eso, esté seguro —replicó vivamente el

policía español—. Señor Martin, concretemos más: ¿Por qué quisieron matarle a usted o a la señorita Gifford?

—Creo que por una razón muy simple; alguien se siente atraído por esa joven... y sintió celos de mí.

—Señor Martin, usted está tratando de convencerme de que imagina a los españoles celosos hasta morir o matar, ¿no es cierto?

—Creo que Maury Katz no es español —sonreí fríamente.

—No, pero esa historia de celos ni me parece razonable.

—No veo otra explicación. Si usted la ve, haga el favor de comunicármela, comisario.

—Esté seguro que lo haré —afirmó con un tono inquietante el policía de Cádiz—. Pero preferiría que usted cooperase conmigo, si hay algo raro en todo esto.

—Le aseguro que no entiendo lo qué sucede. Ni siquiera conozco a ese señor Katz tampoco. Lo que imagino es si Lena Gifford le conocerá...

—La interrogaremos en cuanto se halle mejor. Ciertamente, esa detención del señor Katz creará algún problema con relación a su nacionalidad polaca, pero usted insiste en acusarle de agresor...

—Espere —corté, vivamente—. No presento acusación ninguna. No sé si será culpable o no. Solo sé que perseguía a alguien, pensé que pudiera ser él... y le detuve como pude.

—Si hace eso, puede darle la ocasión a él para reclamarle daños y perjuicios, señor Martin —Se sorprendió Maldonado.

—Correré ese riesgo— suspiré tranquilamente—. Hágalo como le digo.

—Eso me confirma más que nunca en una cosa, amigo mío —habló lentamente, el policía español—. Usted está ocultándome algo. Algo que quiere averiguar por su propia cuenta tal vez, ¿no es cierto?

Sonreí encogiéndome de hombros.

—Comisario, usted es muy suspicaz conmigo —le dije—. Pero le aseguro que no me interfiero en, absoluto en sus asuntos ni le crearé complicación alguna. Sencillamente prefiero estar seguro de lo que ocurrió antes de crearle complicaciones a usted, dada la nacionalidad del detenido.

—De modo que podré dejarlo en libertad, libre de cargos...

—Sí, puede hacerlo. Si algo ocurre, responderé de mis actos, comisario. Y gracias por todo.

—De nada, señor Martin. Solo espero que todo esto no provoque problemas... ¿Algo más?

—No, gracias.

El comisario Maldonado se dirigió a la salida del salón de lectura del

hotel Atlántico, con paso paciente, sin demasiada prisa. Luego, inesperadamente, dio media vuelta y se quedó mirando de hito en hito hacia mí.

—Por cierto, señor Martin. Usted estuvo ya en Cádiz cuando aquella hermosa joven fue muerta de un disparo... Una joven llamada Marsha Doyle, ¿no es cierto?

—Sí —incliné la cabeza. Era irritante la buena memoria de aquel hombre—. Es cierto comisario.

—Ella fue muerta con un arma de calibre 22... Una automática Browning, si no recuerdo mal. Modelo Challenger, según los expertos, aunque el arma jamás apareció. Ya antes, un hombre había muerto también con un arma similar. Un extranjero igualmente aunque no americano. Un inglés llamado Roger Duncan... Igual calibre, posiblemente igual arma, a juzgar por las huellas en las balas... Y ahora años más tarde usted sufre también un ataque con arma de fuego... Sería curioso saber el calibre de la bala que hirió a Lena Gifford... y que pudo haberle herido a usted. ¿No resultaría muy sorprendente que fuese también un calibre 22?

Rio entre dientes, como si aquello tuviera para él alguna gracia oculta, y abandonó tranquilamente el hotel, dejándome sumergido en un mar de dudas. Aquel hombre no era ningún tonto. Es más, creo que deducía las cosas con demasiada celeridad, tras aquel engañoso aspecto apacible y calmado que parecía marcar sus actos.

A mis espaldas, alguien habló con lentitud:

—¿De modo que usted era el hombre que iba a casarse con Marsha Doyle hace más de tres años?

Me volví, sobresaltado. Me encontré con un rostro afable, sonriente pero inexpresivo y rígido en el fondo. Un rostro que igual podía encubrir a un amigo que a un enemigo.

—¿Quién le dijo tal cosa? —me interesé.

—Ella misma —confesó el hombre, tranquilamente—. Ella me lo dijo... Perdóne que me presente. Mi nombre es Gerald La Salle... y me alojo en este mismo hotel, como usted...

CAPÍTULO V

No debe sentirse culpable, Mark...

—Claro que me siento culpable. En realidad, yo debí evitarle cualquier riesgo, Lena. Pero nunca pensé que nadie fuese a disparar sobre nosotros en la playa...

—¿Tiene enemigos? —se interesó ella.

La miré fijamente, sentado en el borde de su lecho. Aparecía pálida, pero serena y animosa. La brisa del mar entraba por la ventana abierta, asomada al radiante día del sur.

—No sé —dije, evasivo—. Puede que los tenga. ¿Quién no los tiene, Lena, en este mundo?

—Pero muchos enemigos no disparan sobre uno, Mark.

—Supongo que no —la estudié seriamente—. ¿Los tiene usted?

—Posiblemente sí —me dijo, de forma desconcertante.

—Vaya... —la mirada de ella me pareció incluso medrosa en ese momento—. ¿De modo que usted encontraría natural que alguien disparase contra usted?

—Pues... sí, creo que sí.

—Creo que no la entiendo...

Ella bajó los ojos. La oí susurrar.

—Un hombre... se ha enamorado de mí. Me molestó varias veces. Yo no sentía interés por él, y le alejé de mí. Me dijo que si me veía con alguien, sería capaz de matarme.

—¿Eso dijo? ¿Quién es él?

—Un alemán. Reside en Berlín, en la zona inglesa. Pero antes vivía en Pankow, en la Alemania Oriental. Se llama Maximilian. Max Gottehrer, porque prefiere la abreviatura de “Max” que el nombre completo.

—¿Cree sinceramente que ese Max Gottehrer pudo ser el que hizo el disparo?

—¿Quién si no? —Ella me miró profundamente—. No conozco otro enemigo otra persona capaz de hacer algo así...

Tal vez Lena decía la verdad. Yo, sin embargo, conocía muchísimas personas capaces de disparar sobre mí, aunque casi todas ellas se encontraban al otro lado del Atlántico y no en la dulce costa española.

Pero, evidentemente, alguien más estaba interesado en agujerearme la piel, porque la agresión tuvo que tener a mí por objeto no a ella, aunque el azar hubiese jugado su carta en el asunto de forma puramente fortuita.

—De cualquier modo, están investigando eso. El culpable deberá responder su delito criminal. Y usted, Lena, procure hacer lo que la diga el médico. No ha sido serio por fortuna pero cuanto más coopere menos importancia tendrá su herida.

—Trataré de hacerlo así, esté seguro —me prometió ella formalmente—. ¿No se queda un rato más, Mark?

—No puedo. Tengo asuntos que resolver... y muy poco tiempo —ella no sabía tal vez lo que yo quería decir, pero lo cierto era que uno de los dos días de que disponía para dar con un rastro de “Robin Hood” se habían perdido casi. V el balance de la fecha agotada, no podía ser más adverso.

—¿Le veré de nuevo por aquí? —me insistió melosa.

—Claro está —me incliné hacia ella. Besé inesperadamente su mejilla—. Me vera pronto Lena. Muy pronto.

Ella sonrió. Y tan imprevisible como mi beso, fue el suyo. Solo que ella prefirió dármele en los labios, recreándose en el contacto húmedo y excitante sobre mi boca.

Cuando nos separamos, los senos juveniles de Lena parecían palpar con más fuerza tras el leve tejido del embozo. Y mi sangre, desde luego, bullía a una presión muy fuerte.

Hubo un silencio.

—Te estaré esperando, Mark —musitó ella—. No dejes de venir.

—Hubiera venido igual —toqué mis labios pensativo y luego sonreí—. Pero ahora con más motivos todavía...

Cuando abandoné la habitación del pequeño, alegre y blanco hospital ella me arrojaba otro beso con la punta de sus dedos. Este no fue tan excitante como el anterior por supuesto. Pero estaba cargado de las mejores promesas del mundo.

* * *

Gerald La Salle me estaba esperando.

La terraza del hotel no tenía el encanto mágico que poseía durante la noche pero en cambio los turistas podían tostarse impunemente al sol, que era lo que venían a hacer en un sitio como aquel.

Sentado a una mesa, bajo un toldo de vivos colores, el apátrida de sonrisa cortés y músculos faciales inmóviles casi, me contempló

indiferente. Se puso en pie y estrechó mi mano.

Para entonces ya estaba mirando yo a su acompañante a la mesa, que para mí poseía lógicamente mucho más interés que Gerald La Salle siquiera fuese por simple y puro instinto racional.

—Siéntese, Martin —invitó—. Le presento a mí esposa Oona. Querida este es Mark Martin de quién te hablé.

—Es un placer, Martin —me saludó ella tendiendo su mano.

La estreché suavemente, inclinándome con una cortesía aprendida de los españoles sin duda alguna.

—Me siento encantado de conocerla, señora —dije sin demasiado afán por ser original—. Su esposo no me dijo que vendría acompañado...

—Oona gusta de conocer también a mis amistades —confesó Gerald cordialmente—. Y yo no tengo inconveniente en ello, puesto que es una forma de practicar relaciones sociales en un lugar donde por desgracia, ella tiene pocos amigos.

—Sí, comprendo —estaba estudiando disimuladamente a Oona La Salle, quizás con tanta curiosidad como ella, sin demostrarlo abiertamente tampoco, me estudiaba a mí. Era una mujer en plenitud de formas generosas, exuberantes como las de una matrona de los cuadros de Rubens, pero con idéntica gracia y sensualidad que poseían las figuras femeninas del pintor flamenco. Sus caderas eran amplias, y sus senos macizos y agresivos sus piernas bien formadas de muslos indudablemente poderosos y tenía un rostro dulce y pícaro a la vez, bajo los cabellos castaños, con la nota límpida de unos ojos intensamente azules, pero de un tono oscuro, casi gris, de cielo nublado.

Era joven sin duda alguna, no mayor de veintisiete a veintiocho años, junto a la casi cuarentena de su marido. Hubiera parecido más joven aún, de haber sido más esbelta, pero aun así era una hembra vital, arrogante y llena de fuerza y atractivo erótico. Quizás su blusa, tirante sobre los pechos y sus amplios pantalones playeros, le daban un encanto aún mayor.

Pedí un zumo de frutas bien frío, y el camarero me lo sirvió con presteza. Luego acepté el cigarrillo que me ofreció Gerald La Salle. Su esposa también encendió uno. Eran largos emboquillados con una marca oriental posiblemente egipcia.

—Me dijo usted antes que Marsha Doyle había hablado con usted sobre mí —le recordé sin especial entonación en mi voz—. Es cierto.

—¿Eran amigos acaso?

Él se echó atrás en su asiento de metal esmaltado, blanco y pulcro. Parecía interesado, contemplando a unos bañistas que saltaban a la azulada

piscina desde los trampolines más altos.

—Sí, en cierto modo, éramos amigos —convino.

Oona no pestañeó. O ya lo sabía, y no daba importancia a esa amistad, o dominaba muy bien sus reacciones.

—¿En España? —puntualicé.

—No —negó él—. En los Estados Unidos, Martin.

—¿Reside usted en mi país tal vez?

—No resido en ninguna parte —se encogió de hombros—. Mi condición de apátrida no me permite tener domicilio fijo, aunque nadie me pone obstáculos para alojarme en algún sitio determinado si así lo deseo. Prefiero recorrer el mundo y no deber nada a nadie.

—¿Por qué habló Marsha de mí con usted?

Gerald La Salle sonrió. Si es que ya antes se le había borrado alguna vez su estereotipada sonrisa del rostro.

—Porque Marsha le quería, Martin. ¿Supo usted alguna vez cuánto le quería ella?

—No, creo que nunca estuve seguro sobre eso. Pero yo sí la quise.

—Ella me habló de lo mucho que le amaba de lo feliz que podría ser siendo esposa suya, si alguna vez se lo llegara a pedir.

—Se lo pedí. Y ni siquiera llegó a responderme. La mataron antes.

—Lo sé. Esperaba que se lo pidiera muy pronto la última vez que hablé con ella, antes de que Marsha hiciera... su último viaje aquí.

—Ella tenía razón en eso —suspiré—. Pero no pudo ser. Alguien impidió que ocurriese.

—Sí, alguien lo impidió... —repitió lentamente La Salle, frotándose el mentón y dejando su vaga mirada pensativa flotando en el aire, en el vacío.

Yo resolví atacar de frente la cuestión. La Salle me parecía demasiado difuso demasiado indefinido en sus palabras, y eso no me gustaba.

—En conclusión. ¿Por qué eran ustedes dos amigos? —interrogué fríamente—. ¿Qué pretende darme a entender con torio eso, La Salle? ¿Qué relación existió exactamente entre ustedes dos, y por qué le tuvo que hablar de mí, como jamás me habló ella a mí de usted?

Gerald La Salle, se echó a reír. Parecía divertirse mi reacción.

—Muchas preguntas de golpe. ¿No? —comentó—. Es como una ametralladora. Pero trataré de contestarlas todas, si me es posible, usted parece intrigado por mi amistad con Marsha Doyle.

Ciertamente, no se trata de ninguna relación... íntima o propia de un hombre y una mujer. Ya ve que hablo de ello delante de mi esposa, sin tapujos de ninguna clase.

—Sí, ya veo. Además, creía conocer a Marsha. Ella no me hubiera traicionado con otra persona. Al menos, en el terreno afectivo.

—Tiene mucha razón. Pero ¿Por qué ha dicho que, “al menos”, en el terreno afectivo? —indagó agudamente La Salle, contemplándome muy fijo —. ¿Es que esperaba que sí podía serle infiel en otro terreno?

—Quedamos en que iba a contestarme usted mis preguntas, no a hacerme otras a mí.

—Conforme. Disculpe que me desviara. Pero usted parece pensar que Marsha... le hubiera podido traicionar a usted. O a su país, pongamos por caso.

—No sé lo que quiere decir —repliqué con frialdad.

—Claro que lo sabe. Marsha Doyle era agente secreto. Al servicio de los Estados Unidos.

—Si era así, nunca me dijo nada ella.

—No hacía falta. Ella sabía que no debía andar pregonando por ahí su condición por ser precisamente secreta. ¿Se da cuenta ahora de cuál era nuestra relación?

—¿Usted también es agente secreto? —pregunté con serenidad, contemplándole directamente.

—Sí, también —afirmó él—. Pero no sirvo a mí país, Martin.

Hubo silencio. Ni siquiera ahora Oona La Salle se inmutaba. Era como si supiera de antemano todo aquello a la perfección.

—¿A quién entonces? —me interesé.

—A mí mismo. Ya sabe que no tengo patria. No quise aceptar ninguna. ¿Por qué había de aceptar entonces defender a ninguna de ellas?

—¿Dinero?

—Sí. Trabajo por dinero, como todo el mundo.

—¿Al que más paga?

—No, exactamente. No soy un comerciante de secretos internacionales. Sencillamente soy un buen espía, llegado el caso. Acepto una misión determinada de algún país o de algún Departamento especial de una nación, y procuro cumplirla sin traicionar a quién me contrató ni hacer doble juego con nadie, aunque luego haya contraoferta y me paguen más.

—Voy entendiendo. Un espía independiente.

—Algo así, en efecto —parecía divertirse al hablar de todo aquello—. Marsha lo sabía cómo yo sabía que ella servía al Pentágono y al Gobierno americano. Pero nunca estuvimos frente a frente. No fuimos adversarios jamás, y me alegré de ello.

—Eso, desgraciadamente, no puede confirmarlo Marsha —le recordé.

—Cierto. Usted tiene derecho a sospechar que miento, pero entonces no estaría aquí hablando con usted, revelándole cosas que no tengo por qué.

—Sí, La Salle. Eso es lo que me intriga. ¿Por qué me está revelando cosas que no tiene por qué decirme? ¿Qué busca con ello?

Había hecho impacto en algún blanco inimaginable. Cambiaron una mirada nerviosa. Luego él se humedeció los labios lentamente. Algo que no había hecho hasta entonces.

—Porque tenía que hacerlo —dijo, ronca la voz.

—Eso no parece una razón convincente.

—Martin, usted necesita ayuda ahora.

—¿Yo? —enarqué las cejas.

—Mataron a Marsha hace años. Aquello nunca se aclaró, pero es que ahora hay alguien en esta región que también quiere matar, como entonces eliminaron a la muchacha. Puede ser la misma persona.

—¿Y si lo fuese...?

—Puede querer matarle a usted. Primero Roger Duncan, luego Marsha... y ahora Mark Martin del FBI. División de Defensa Nacional.

Me quedé mirándole de hito en hito. Podía protestar, rechazar esa afirmación e incluso decirle que estaba loco. Pero sabía que no resolvería nada con ella. La Salle estaba muy seguro de lo que decía, y no iba a convencerle de lo contrario.

—¿Obra todo de una misma mano? —sonreí escéptico.

—¿Por qué no?

—¿Qué mano?

—“Spirit”.

—¿Quién?

—Sé algo más que usted y que el FBI o el Pentágono —rio él, burlón—. Sé el nombre de quien ustedes llaman “Robin Hood” en su código. “Spirit” es el que él usa para establecer contacto con los países que le compran secretos robados a otros.

—“Spirit”... —arrugué el ceño. Aquel hombre sabía demasiadas cosas, ciertamente. O mentía demasiado, pero esto no parecía lo probable—. ¿El hombre de la máscara?

—Sí. Le Gusta ocultar su faz. Especialmente con un rostro de calavera, no sé por qué. Le agrada que le llamen “Spirit”. Puro teatro, claro. Aun sin todo eso. No es de los hombres que hacen un favor sin esperar otro, eso sería peligroso, pero cree que de esa forma impresiona más, y quizás esté en lo cierto, porque luego, actuando, es un verdadero espíritu, por la forma en que se filtra en los lugares más inaccesibles, y se apodera de cuanto

posea un alto valor en manos de una potencia extranjera.

—¿Por qué mataría “Spirit” a Marsha Doyle y a Roger Duncan?

—Porque seguramente usted es un serio estorbo para él. Un peligro latente. Le quiere muerto. Tenga cuidado, porque podría salirse con la suya. Hasta ahora, nunca fracasó en su juego.

—Esta podría ser la primera vez —aventuré... Luego, tras meditar, miré fijamente La Salle—. Pero sigo sin saber la razón de que, generosamente me revele usted todo eso. No es de los hombres que hace un favor sin esperar otro.

—Exacto —rió él entre dientes. Y le volvió el nerviosismo anterior cuando agregó inseguro—: Ya le dije que usted necesita ayuda. Pero yo... yo también.

—¿Usted? —me asombré.

—Ayuda desesperada, Martin. Una ayuda que usted puede prestarme, a cambio de la mía.

—Lo entiendo bien. ¿Quiere unos informes a cambio de otros? Mire, así no hay trato ni nada. La Salle. Yo no proporciono datos a nadie.

—No lo ha entendido —intervino suavemente la voz de Oona La Salle. Y sentí que apoyaba en mi brazo una mano bronceada, de uñas manicuradas de color calabaza nacarado—. Lo que Gerald quiere decirle es que necesita su ayuda... para que “Spirit” no le asesine a él en cualquier momento...

CAPÍTULO VI

LUKAS Lo Ducca ocupaba una residencia cerca de la costa. Un hotelito rodeado de jardines, sobre una ladera salpicada de arboledas y de otras villas particulares.

El hombre de Trieste resultó ser un caballero alto, de cabello muy blanco, gafas con montura de oro, y aspecto elegante y correcto. Su modo de hablar el inglés, era culto, refinado.

Vivía solo en la villa, y jugaba apaciblemente al golf, entrenándose, en un prado no muy amplio a espaldas de la casa, cuando yo llegué allí, tras mi entrevista en el hotel con el matrimonio La Salle.

—Señor Martin, usted me dirá cuál es el motivo de su visita... —habló cortésmente, dando vueltas a mí tarjeta entre sus dedos largos y ágiles.

No iba a ser fácil hacerlo, sin decirle la verdad o darle mi auténtica identidad pero eso era algo que no pensaba hacer por el momento.

—Mire señor Ducca yo soy, un americano residente en esta zona, durante mis vacaciones actuales y anteriormente estuve aquí ya, a punto de casarme con una joven que falleció. Alguien me dijo que usted la conoció a ella, y pensé en que sería agradable charlar con una persona que trató a mí prometida...

Era una fenomenal mentira, aunque muy bien podía resultar verdad. En principio, Lo Ducca reaccionó como era lógico que lo hiciese en tales circunstancias.

—¿Está usted seguro de lo que dice? —me espetó, asombrado—. Creo, caballero, que o bien le informaron mal, o alguien trató de gastarles una broma de pésimo gusto...

Yo esperaba esa reacción. Yo sabía que, más o menos, iba a decir algo parecido a lo que dijo.

—Ella era americana —dije.

—Eso no cambia las cosas —observó vivamente.

—Ella se llamaba Marsha. Marsha Doyle.

—Sigo sin entender nada de eso —dijo, tras un rápido pestañeo—. Nunca conocí a ninguna Marsha Doyle.

—Está ahora en el cercano cementerio, aquel pequeño, que se domina desde esa colina —expliqué—. Reposa para siempre bajo esa tierra...

—Lo lamento muy de veras sí, como dice, fue su prometida. Pero no puedo hacer nada en ese sentido. Ya le digo que alguien debió engañarle al respecto. Yo nada sé sobre ella.

Entonces jugué fuerte.

—Ella puse ser asesinada por alguien que se relaciona con “Spirit” —dije.

—¿Cómo? —pareció realmente asombrado, igual que si no entendiera nada.

—Y “Spirit” se queda en España justamente hasta mañana, señor Lo Ducca.

—Empiezo a preguntarme si usted está bien de la cabeza o todo esto no es más que un puro disparate de su mente calenturienta, señor.

—Usted se marcha también mañana, ¿no es cierto? —insinué.

—Señor Martin, yo me marchó pasado mañana —replicó, belicoso—. ¿Qué es lo que está tratando de darme a entender con todo eso?

—Que usted podría ser “Spirit” —dije simple y escuetamente—. Mañana cumplirá su misión. Y se irá pasado mañana.

Pareció estupefacto. Pero podía ser simple apariencia solamente.

—¿Quién es “Spirit”? —se interesó—. ¿Algún nuevo personaje de televisión, o un detergente especial?

—Un personaje, pero no precisamente de televisión.

—¿Qué cree usted que tiene que hacer el tal individuo, justamente mañana?

—Una misión muy especial. En Rota.

—Rota... —hizo un gesto ambiguo—. ¿Su base americana cerca de aquí?

—Exacto.

—¿Qué clase de misión?

—Tal vez sabotaje. Tal vez terrorismo. Acaso el robo de un gran secreto militar de gran importancia estratégica...

—Eso parece una novela de espionaje.

—La vida es una novela de espionaje... sobre todo cuando entran los espías en acción —le recordé con ironía.

Hizo un gesto ambiguo. Luego sonrió con frialdad.

—Todo esto no tiene el menor sentido. Le agradeceré que se marche de mi casa.

—Señor Lo Ducca usted es de Trieste —le dije.

—Bien, ¿y que hay con ello? ¿Tiene algo contra Trieste? No sabía que ustedes, los americanos, tuvieran también discriminación racial con los

triestinos.

—No diga tonterías. Me entiende muy bien. Trieste, durante años enteros, fue encrucijada del mundo. Del mundo del espionaje, sobre todo.

—Alguien dijo eso, pero no crea demasiado. Los tópicos se repiten con frecuencia Y rara vez se atienen a la verdad.

—Pero a usted no puede sorprenderle gran cosa que se hable de temas de espionaje, señor Lo Ducca.

—Escuche, ¿cree realmente que todos los londinenses son estranguladores en la niebla, todos los españoles matadores de toros, y todos los americanos vaqueros del lejano Oeste?

—Es una buena réplica la suya. Admito que porque sea de Trieste, no tiene por que ser un espía. Pero lo cierto es que conocerá ese mundo del espionaje, siquiera sea por el lugar donde ha nacido, y posiblemente vivido.

—Sé lo que puede saber cualquiera. Y no me gusta el espionaje. No soy espía. De modo que ha perdido su tiempo. Si es usted agente americano, ha equivocado el camino rotundamente. Yo nada tengo que ver con esos problemas suyos. No sé nada sobre su novia ni sobre Rota, ni siquiera acerca de ese “Spirit” de nombre novelesco y ridículo.

—Entonces, es posible que me informaran mal. Pero, de todos modos, usted se marcha pasado mañana de territorio español, ¿no es cierto?

—¿Es acaso un delito? Si acaso, las autoridades españolas son las únicas que podrían poner alguna traba o inconveniente a mí partida, pero en modo alguno usted, señor Martin. Puede marcharse cuando guste.

—¿Justamente cuando “Spirit” haya terminado su misión en España?

—Justamente cuando a mí me dé la gana —dijo sin rodeos, abruptamente. Y creí que estaba a punto de golpearme—. Eso espero que sea definitivo. O, al menos, que para usted resulte así. Buenos días, señor Martin. Y no vuelva más por mí casa. No creo que sea, en absoluto, persona grata dentro de mi propiedad. ¿Ha comprendido?

—Con meridiana claridad, señor Lo Ducca —asentí despacio, entre irónico y cortés—. Gracias, de todos modos, Es posible que, aun sin quererlo usted, haya terminado por serme útil...

Él se quedó pensativo, viéndome caminar hacia la salida. No dijo absolutamente nada Era como si todo estuviera ya dicho entre ambos, y lo demás careciera por completo de importancia.

Antes de salir definitivamente de la propiedad, me volví. Su figura era arrogante correcta e incluso elegante distinguida, casi aristocrática. Erguido en medio del verde césped y el paisaje suave y bucólico, que respiraba paz su blanco cabello sus gafas de montura de oro, su ropa clara, ligera y

pulcra, muy bien planchada le daba un grato aire de hombre de mundo, correcto y educado por encima de todo.

Me estaba mirando a través de los oscuros vidrios de sus lentes, seguramente con aire crítico, hostil o poco menos. Yo me incliné burlón. Y dije, como una despedida utilizando un tono incisivo acerado, bastante menos amable que hasta entonces:

—Ah, me olvidaba, señor Lo Ducca. La persona que mató a mi prometida, fuese “Spirit” o no, asesinó también a su ex esposo, Roger Duncan, ciudadano británico y también disparó contra mí anoche, en la playa hiriendo a otra muchacha en vez de volarme a mí el cráneo.

Salí, cerrando la puerta tras de mí. No sé si dejé a Lo Ducca pensativo, preocupado o simplemente, desorientado. Pero no me detuve a averiguarlo tampoco. En vez de ello, regresé hacia la carretera que descendía de las suaves lomas verdes, frondosas y frescas, situadas frente a la dorada costa gaditana, allá en su zona residencial.

* * *

El comisario Maldonado me contempló larga, pensativamente.

—¿Qué quiere hacer usted exactamente? —me preguntó—. ¿Convertirse en detective privado y competir con nosotros en nuestro país?

—Nunca fue esa mi intención —dije con mi más beatífica sonrisa de inocencia.

—Miente usted descaradamente —suspiró el policía español, inclinando la cabeza—. Estaba metido en líos cuando dispararon sobre usted y la chica en la playa, y sigue estando metido en líos ahora.

—¿Cómo puede decir eso? —protesté vivamente—. Le aseguro que me dedico solo a dar paseos... a disfrutar de mis vacaciones...

—Paseos que, indefectiblemente, terminan en entrevistas y charlas con diversas personas que también veranean aquí: los La Salle, Lukas Lo Ducca...

—Bien, son turistas como yo. Amistades del momento...

—Es casual que todas sus amistades estén a punto de irse de España. Justamente pasado mañana, según comprobé por sus pasaportes y permisos de salida...

Me estremecí. El comisario Maldonado era astuto, pero estaba resultando más aún de lo que yo imaginaba. ¿Cuánto era lo que sabía, y cuánto lo que deducía por sí mismo basándose en simples indicios? Me hubiera gustado enterarme pero la mirada sagaz y tranquila del policía

español no me permitía descubrir gran cosa de cuanto pasaba por su mente ordenada, rigurosa y metódica.

—Simple casualidad —argumenté débilmente.

Tan débilmente que, no sé cómo, él hizo mil pedazos tal argumentación con un comentario escalofriante para mí:

—Sí, sin duda —dijo—. También será simple casualidad que esta madrugada entre en la Base de Rota un submarino nuclear de su país, señor Martin, dotado de proyectiles “Polaris”, y llevando a bordo a alguien muy importante de cuya identidad real solamente sus autoridades y las nuestras navales tienen conocimiento exacto...

De modo que era eso. Mis condenados jefes y superiores y mis aliados y colaboradores militares no me decían nada. Y un amable y cortés policía español, todo astucia y espíritu observador, tenía, que decírmelo por primera vez, informándome de lo que exactamente estaba sucediendo.

Un submarino atómico en Rota. Y alguien importante a bordo...

Dude un momento.

¿Quién?

¿Una persona lo bastante importante para justificar la intervención de una poderosa Sociedad Secreta, como la que dirigía el despiadado y brutal “Spirit”?

¿O había algo más a bordo del submarino nuclear, que un simple visitante incógnito e importante?

Traté de alejar de mi mente todas esas ideas cuando me encaré al comisario Maldonado nuevamente, tratando de hacerle de nuevas en todo aquel raro asunto.

—No sé una palabra de todo eso —dije con cierta serenidad en mi voz y en mi apariencia.

—No, claro —se lamentó—. Usted no sabe nada, Martin. Usted es un muchacho que se mete en todo esto por simple casualidad, y nada más, ¿no es cierto?

—Está tratando de ser sarcástico comisario, pero lo cierto es que tengo razón. No pertenezco a ninguna unidad militar, ni resido en Rota, ni nadie tiene por qué hablarme de las cuestiones estratégicas de mi país, por el simple hecho de que sea americano.

—Dejemos eso —suspiró Maldonado, apaciblemente. Hundió las manos en los bolsillos de su americana, exhaló un poco de humo de su cigarrillo emboquillado, de oscuro tabaco y luego añadió calmoso—: Hicimos las comprobaciones necesarias. La bala extraída a la señorita Lena Gifford, era de una pistola calibre 22. Y ciertamente es la clase de proyectil

que se utiliza en un arma de la Browning, el modelo Challenger exactamente.

Mantuve unos momentos de silencio. Estaba meditando sobre todo eso. Estaba preguntándome qué diablos sucedía en Cádiz. Preguntándome por qué mataron a Marsha. Por qué a Roger Duncan, por qué intentaron hacer lo propio conmigo...

—De modo que era eso —comenté despacio—. Usted cree que la persona que mató a mí prometida intentó hacer lo mismo conmigo.

—Evidentemente, sí. O sería una pura casualidad. Y no creo nada en las casualidades.

—Pero... ¿por qué?

—Exacto —el policía español me miró, inquisitivo—. ¿Por qué? usted tiene la respuesta, Martin.

—¿Yo? —me encogí de hombros, protestando—, no tengo la menor idea, comisario.

—Eso es falso, Martin. Usted sabe bien lo que sucede. ¿O prefiere que se lo explique yo, aunque usted ya lo sepa?

Me estremecí, pero traté de afrontar las cosas con realismo, cara a cara.

—Adelante —invité—. Si es tan listo, explíquemelo.

—Martin, su prometida Marsha Doyle era agente secreto de su país. Lo he sabido siempre. Agente especial de información militar, para ser más concretos.

—¿Tiene pruebas de lo que dice? —pregunté, aunque bien sabía yo que eso era cierto.

—No hacen falta. Lo sé yo, y es bastante. Y no es todo. Roger Duncan era agente británico. Fue esposo de Marsha solamente porque a ella le convenía casarse con un agente que, aunque amigo de su país, podía serle de gran ayuda en su tarea. Y así ocurrió exactamente. Cuando no fue útil para sus planes, o cuando él descubrió eso, se separaron.

Y todo eso, ¿qué nos aclara respecto a su muerte? —indagué.

—Prácticamente todo. No hubo crimen pasional alguno. Primero eliminaron a Duncan y luego a ella. Eran dos ejecuciones relacionadas con su condición de agentes secretos.

—Y quedo yo.

—Usted, Martin, ha vuelto por algo relacionado con ellos. Alguien sabe que puede constituir un peligro y que usted puede llegar a ser un riesgo para los culpables de aquel doble crimen. Y quieren eliminarlo también sea como sea.

—¿Por qué habría de ser yo un peligro? —argumenté, ingenuamente.

Me miró, muy fijo.

—Porque usted, Martin, como agente federal que es, puede llegar lejos en las investigaciones, y descubrir una verdad molesta para alguien... —se limitó a exponerme suavemente, con una afable sonrisa.

* * *

De modo que él lo sabía.

Sabía todo o casi todo. Conocía mi identidad real, creo que la había conocido siempre, y que era muy listo, bajo su apariencia cazurra y vulgar. El comisario Maldonado tenía los datos del enigma, como los tenía yo. Aunque le faltaba, como a mí, saber la auténtica clave del misterio: los motivos que movieron al asesino. Y la identidad real de este, se llamase en clave “Robin Hood”, “Spirit” o como fuese.

Resolví que era mejor no engañarla en nada, y le conté cuanto sabía. Él podía hacerme expulsar legalmente del país, solo con basarse en que le habíamos engañado con mi identidad. Y no lo hacía, al menos por el momento. Era conveniente, pues, colaborar.

Me escuchó atentamente, sin hacer comentarios. Parecía como sí, realmente estuviera ya de vuelta de cuanto yo pudiera decirle. Como si escuchase algo que ya había tenido ocasión de saber antes.

Luego, me agradeció mi sinceridad. Y prometió ayudarme, si ello no era incompatible con su tarea profesional. Era, desde luego, una ayuda oficiosa por completo, pero muy de agradecer. Y, posiblemente, muy valiosa, llegando el caso.

Lo que no llegó a revelarme era la clase de personalidad, que viajaba a bordo del submarino nuclear con destino a Rota. No sé si porque realmente lo ignoraba o porque prefería mantener el secreto para sí.

Iba pensando en todo ello, camino del hotel, donde quería hablar con Maury Katz, el polaco a quién aprendiera la noche del atentado, en las proximidades de la playa, cuando parecía que intentaba huir en su motocicleta, dijese él lo que dijese.

Ignoraba la reacción posible de Maury Katz cuando me viera y cuando me pidiese información. Era posible que no resultara demasiado amistoso. Pero tenía que intentarlo. Su historia a la policía local no me convencía mucho, y creo que tampoco a Maldonado no le había convencido gran cosa, después de todo, aunque legalmente se viese forzado a dejarle en libertad, por falta de evidencias.

Maury Katz ocupaba uno de los bungalow especiales que, en la falda de

la loma y en la parte posterior del hotel Atlántico se reservaban a determinados clientes de los cuartos y *suites* cara al mar, en el abigarramiento de piscina y de compartimentos de turismo marítimo.

Me dieron en el hotel el número del bungalow: el siete. Exactamente el cuarto situado en el escalonamiento de la izquierda.

Me encaminé allá, decidido a afrontar la poca amistosa recepción que intuía en el polaco. De cualquier modo, era preferible correr ese riesgo dudando si aquel Katz sería nuestro agresor o no.

El bungalow número siete no se diferenciaba absolutamente en nada, por supuesto, de todos los restantes. Conté hasta doce, seis por cada lado. Eran cabinas modernas, pintadas en colores claros, alegres, y luminosas, rodeadas de abundante y fresco césped y con sus muros enjalbegados, como si fuesen típicas viviendas andaluzas. Era una concesión al turismo que, naturalmente, era posible que complaciera al verse residiendo en lugares modernos y confortables, pero con la fachada típica de las casas del sur español.

No vi gran cosa a través de las celosías de hierro forjado, con cortinajes color limón, ligeros y translúcidos. Solamente muebles, lámparas y muros blancos. Llamé al pulsador de la entrada, y esperé pacientemente.

Maury Katz no contestó. Me habían dicho en el hotel que ellos no podían controlar la ausencia o presencia de los ocupantes de los bungalow, ya que estos disponían de total independencia de la conserjería, y guardaban sus propias llaves, salvo en caso en que por sí mismos optaran por guardarla en recepción.

Posiblemente Katz no estaba allí. Pero tenía que comprobarlo, antes de meterme en nuevos problemas. Pulsé el llamador dos veces más, dejando transcurrir entre una y otra vez un largo espacio de tiempo. No ocurrió nada. Katz continuó sin abrirme.

Miré a un lado y otro. Sol, jardines, césped, bungalow... En la distancia un jardinero con el uniforme del hotel, atendía unos setos, de espaldas a mí. No podía ver nada.

Rápido, me incliné sobre la puerta. Accioné con celeridad la llave maestra, tras elegirla entre las varias que siempre me acompañaban en el llavero. Giré la llave en la cerradura. Cedió esta. Un chasquido, y la puerta estaba abierta.

Entré con presteza en el bungalow y cerré tras de mí. La luminosidad exterior, al contrastar con la penumbra del interior, me dejó virtualmente a ciegas en la casa. Tardé unos segundos en adoptar mis ojos en la oscuridad ambiente. No encendí luces ni extraje mi plana lámpara de bolsillo.

Cuanto menos señales de mi presencia diese, tanto mejor.

Caminé con celeridad hasta un corredor por el que se filtraba luz solar. En mitad de ese pasillo, la luz se hizo dorada, muy intensa, procedente de una terraza posterior asomada a los jardines.

Ya veía bien por doquier y podía moverme con cierta libertad. Observé los bellos muebles, imitando estilo antiguo español, las panoplias, y armas, los detalles decorativos típicamente hispanos también de otros tiempos esplendorosos del Imperio. Todo muy bello y atractivo para los turistas.

Llegué a una sala *living*, con televisión y tocadiscos estéreo, nada de acuerdo con el resto del ambiente. Allí estaba Maury Katz.

Comprendí enseguida por qué no había podido abrirme la puerta ni oír el llamador. Los muertos no oyen. Ni se mueven.

Y Maury Katz estaba muerto.

Tendido de espaldas en el confortable diván desde donde se podía ver la televisión. Esta vez, no habían utilizado una browning de calibre 22.

Eso era evidente.

Esta vez, con algo más de imaginación, una alabarda española había servido para hundirle el cráneo con un golpe brutal, demoledor, que le destrozó el rostro y la frente. La sangre había corrido copiosa, empapándolo todo. La expresión de Katz era horrible.

Era un cuadro horripilante.

El silencio era total.

A los pies del polaco, yacía la alabarda llena de sangre, partículas de masa encefálica y cabellos adheridos. Sin duda, la víctima del asesinato recibió más de un golpe antes de quedarse con aquel espantoso aspecto.

Pensé muchas cosas.

Entonces supe que el polaco no disparó contra nosotros. Pero que, ciertamente vio quién lo hizo. Y como sabía demasiado, alguien lo silenció para siempre...

CAPÍTULO VII

ENCENDÍ un cigarrillo. Vi cómo los coches de la policía rodeaban la zona de bungalows y cómo entraban numerosos agentes en el número siete. Otros, tomaron posiciones en derredor, ocupando la zona como en una maniobra militar rápida y silenciosa.

Luego, vi llegar el coche del comisario Maldonado. Me volví, alejándome hacia la playa. Caminé lentamente hacia la arena dorada y caliente, entre cuerpos tendidos al sol, que se tostaban apaciblemente, como si hubieran elegido la cocción sobre una gigantesca parrilla.

El mar estaba tranquilo, como una superficie de cristal azul. Al fondo, un yate se deslizaba suavemente. Más cerca, unos deportistas improvisados hendían las aguas sobre patines. En la orilla, se bañaban las familias sin grandes emociones.

Yo había hecho llegar a la policía tan rápidamente. Mi llamada anónima surtió rápidos efectos. Ahora, Katz era cosa suya. Y de los forenses. Para mí, había dejado de tener utilidad, una vez muerto.

Los muertos nunca revelan nada. Posiblemente Katz sabía más de lo debido pero se llevó el secreto consigo, a la tumba, y de allí no habría investigador que lograra sacarlo.

Mi registro del bungalow no había sido demasiado productivo. Fotografías de Katz, en sus tierras polacas, facturas de diversos hoteles, folletos de propaganda turística, el pasaporte polaco, un permiso especial de la policía de Varsovia para que pudiera abandonar el país y hacer turismo, documentos de identidad, carnet de conducir, algún dinero, libros en polaco, en alemán y en inglés, especialmente obras teatrales y algunas revistas ilustradas, sobre todo deportivas.

Nada de eso me aclaraba cosas sobre Maury Katz. Luego, encontré su agenda. Un pequeño librito de tapas de hule negro, con direcciones casi todas ellas polacas. Y algunos nombres interesantes para mí:

Gerald La Salle.

Stella McNally.

Lukas Lo Ducca.

Wanda Berry.

Y Marsha. Marsha Doyle también.

Eso no aclaraba nada. Había señas y números telefónicos. Los de La Salle y Lo Ducca, en España. El teléfono del hotel y el de la residencia del triestino.

Stella McNally, con un teléfono de una residencia gaditana.

Igual ocurría en Wanda Berry. Y con Marsha Doyle...

Pero el número telefónico y el nombre de Marsha aparecían cruzados con una línea roja.

Me detuve al borde del agua. Solté las zapatillas de goma, mientras reflexionaba sobre el contenido de aquella agenda.

Wanda Berry. Una mujer. Había sido amiga de Marsha.

Yo podía recordar aun lo que Marsha dijera de ella en una ocasión. Se habían conocido en los Estados Unidos, y Marsha misma la indicó que España era el lugar ideal para pasar sus vacaciones. Wanda Berry era una mujer solitaria rica y sin amigos. Gustaba de vivir sola y en diferentes países. Tomaba alguien a su servicio, lo despachaba luego, y volvía a vivir sola, hasta encontrar a otro servicio en cualquier otro lugar.

Yo nunca había visto a Wanda Berry. Marsha decía que era una mujer rara. No le agradaban tampoco las visitas, por alguna razón que Marsha no llegó nunca a decirme, tal vez, entre otras razones, porque yo nunca llegué a preguntárselo a ella.

Pero ahora, repentinamente, todo lo relacionado con Marsha me interesaba. Y con Maury Katz el polaco asesinado. Y Maury tenía en una agenda dos nombres: los de Marsha y Wanda Berry.

Eso podía significar algo. Si era así, nadie mejor que Wanda para revelármelo.

Me arrojé al agua. Me hundí en el líquido elemento, nadando con enérgicas brazadas en el azul.

Había tomado mi decisión. Visitaría a Wanda Berry, le gustasen a ella las visitas o no.

* * *

Se llamaba La Marisma.

Era una suntuosa residencia en las lomas, ya en la ruta hacia Cádiz. A ese edificio pertenecía el teléfono que constaba a nombre de Wanda Berry, Según me informaron en la centralita telefónica local.

Subí hasta allá en un taxi, al que despedí, tras comprobar que, desde el teléfono de un cercano Hotel, podía pedir otro para volver a la costa.

El nombre de la finca aparecía en hierro forjado, sobre la arcada de la

entrada a la finca:

LA MARISMA

Crucé por debajo de él, sin que nadie me lo impidiera ni oyese siquiera ladrar a un perro, pese a la amplitud de la finca. Algo me hizo recordar inmediatamente a Marsha, cuando entré en el jardín.

Rosas.

Bellas y variadas rosas, brotando de los macizos en torno mío. Rosas de rosales hermosos y bien cuidados. Tal vez de allí partían las otras rosas, las que alguien depositaba cada cierto tiempo en la tumba de Marsha, en el pequeño cementerio local...

El aire mismo olía a rosas. Marsha había tenido buen gusto en sus flores predilectas. Wanda, también lo tenía, fuesen o no sus flores elegidas.

Traté de no pensar en Marsha. Eso quedaba atrás. Eso era ya otra cosa. Un recuerdo apenas. Había cosas más recientes, más palpitantes y acuciantes. Había una bala de calibre 22 volando en la noche, hacia unos cuerpos tendidos en la arena. Había una alambrada española hundiendo el cráneo de un polaco enigmático y oscuro...

Y había un submarino nuclear con proyectiles Polaris, navegando rumbo a Rota, con alguien de gran importancia a bordo.

Todo eso debía encajar de alguna forma, pero yo aún no sabía cómo. Todo eso, y “Spirit”. O “Robin Hood” y la famosa “Operación Punta Sur”.

—Señor, está prohibida la entrada a esta propiedad.

Me paré en seco. Miré ante mí sorprendido. Aquella persona había surgido como un fantasma entre los setos. Contemplé su pantalón corto azul, su blusa blanca... Bajo la blusa había unos senos erguidos, juveniles y macizos. Bajo el short unos muslos dorados y unas pantorrillas hermosas.

Por encima de todo eso, un rostro joven, bajo melena roja. Y unos ojos claros y expresivos, fijos en mí.

Observé que llevaba una podadera de jardinería en sus manos. La empuñaba con firmeza.

—Lo siento —dije—. No vi el letrero de prohibición.

—No lo hay. Pero es una propiedad privada. No debió entrar, señor.

—Perdone. ¿Es usted Wanda Berry?

—¿Yo Wanda Berry? —me miró escandalizada—. Cielos, no... Mi nombre es Stella. Stella McNally. Trabajo como secretaria y auxiliar de la señorita Berry, eso es todo. Pero mi trabajo es accidental. Mañana termino, y regreso a mi país.

—¿Escocia?

—Sí, ¿cómo lo supo?

—Su apellido. Es revelador —reí.

—Oh, claro —ella también rio de buena gana. Luego, se puso seria—.

Bien señor debo pedirle que se ausente. Son órdenes.

—Vengo a visitar a la señorita Berry.

—La señorita Berry jamás recibe visitas.

—Esto es diferente —suspiré—. Tengo que verla. Es importante.

—Sus órdenes son esas. No puede entrar nadie. No quiere ver a nadie, a quién previamente no haya citado por teléfono, dándole fecha y hora. ¿Es ese su caso señor...?

—Martin, Mark Martin. No, no es mi caso. No tengo fecha ni hora. Pero veré a la señorita Berry.

—¿Por la fuerza acaso? —esgrimió las podadoras con cierto aire belicoso—. No se lo aconsejo. Tiene un ayuda de cámara muy especial. Se llama Boris. Puedo llamarle con un grito.

—¿Boris? Sin duda será ruso —reí, burlón—. El nombre también, ¿comprende?

—Es bielorruso. Y no le aconsejo que se enfrente con él. Es duro como un peñasco. Domina el judo y el *Karate*. Puede romper el cuello a cualquiera.

Emití un silbido.

—Vaya con Boris... —comenté—. La señorita Berry se rodea de gente capaz de protegerla bien ¿no es cierto?

—Lo necesita. Ella es sola. Precisa de alguien que la ayude, que la proteja.

—De cualquier modo, veré a esa dama, pese a Boris y su *Karate*.

—¿Por qué insiste? Es una torpeza.

—Verá, señorita McNally. Yo soy americano, como imagino que lo es la señorita Berry. Tengo ciertos derechos con mis compatriotas. Por algo soy agente especial de la Oficina Federal de Investigación —y puse mi credencial ante sus narices.

Ella la examinó, curiosamente. Pareció haber recelo, inquietud en su mirada hacia mí.

—Vaya... —susurró—. Un federal... ¿Tiene jurisdicción en España?

—Oficialmente, no. Pero puedo tenerla si la policía local me ayuda. Y lo hará. Somos muy buenos amigos el comisario Maldonado y yo.

Eso pareció agotar su resistencia, aunque de mala gana. Inclínó su pelirroja cabeza, casi sumisa.

—Muy bien —observó—. Espere aquí. Informaré a la señorita Berry. Pero no le garantizo nada...

Se ausentó. Yo me quedé paseando por el jardín. Me detuve ante otro rosal de flores amarillas. Acaricié sus pétalos, y me rocé con un espino de su tallo. Brotó sangre. Succioné el pinchazo. Mis ojos se encontraron con una serie de balcones de la hacienda llamada La Marisma. De uno de ellos, cayó una cortina lenta, suavemente. Una sombra humana se difuminó detrás de los cristales.

Alguien me observaba. Alguien a quién no había logrado ver siquiera. ¿Boris, el temible karatista de Bielorrusia? ¿O Wanda Berry en persona?

Me quedó la duda. Pero sin saber la razón tuve una especie de estremecimiento de inquietud. Una sensación rara, igual que si un ser extraño y fantástico hubiera asomado tras la vidriera para espiarme en silencio. Un ser acaso mortífero y terrible. Amenazador y siniestro tal vez...

Sacudí la cabeza. El sol del sur debía de calentarme los cascotes. Estaba dejándome llevar demasiado por la imaginación, y eso nunca es bueno en un agente federal.

Cuando volvió la pelirroja Stella McNally, otra de las extranjeras que se marchaba con sospechosa celeridad de suelo español, yo había dejado ya de divagar sobre todas las fantasías poco congruentes.

—Es usted un hombre privilegiado, Martin —me dijo la escocesa—. La señorita Berry le recibirá, aunque no está obligada a ello, naturalmente.

—Naturalmente —asentí, sin ganas de discutir la cuestión—. ¿Vamos ya?

—Sí. Ella le recibirá enseguida, contra su costumbre. Sin duda, el ser del FBI tiene sus privilegios, ¿no cree?

—Es posible —dije, sin comprometerme.

Me condujo a la casa. Observé su figura gentil, armoniosa. Sus bellas piernas, su breve cintura, la suavidad carnosa de sus nalgas...

Alcanzamos una escalera de piedra, de acceso al edificio. En la puerta, un hombre aguardaba. Me impresionó. Supe enseguida que era Boris, aun sin hacer preguntas a nadie.

Era muy alto y macizo. Pétreo como un peñasco azotado por el oleaje en un acantilado. Cráneo rapado, brillante, como una bola de billar. Rostro eslavo, casi mongólico de ojos y pómulos. Pupilas frías y sagaces. Manos enormes, macizas duras como bloques de granito. Cuando golpeasen en un impacto de *Karate*, serían forzosamente como martillos.

Se hizo respetuosamente a un lado. Vestía de negro, y parecía cortés y formal con las visitas. Pero la luz de aquellos ojos no podía engañarme. Era

un hombre que estaba anhelando siempre entrar en acción, triturar y destruir lo que fuese, si una voz se lo ordenara. Con la fidelidad del perro y la ferocidad del jaguar.

No me gustó que se quedara tras de mí, pero no había otro remedio. Sus pasos eran rígidos y silenciosos, cerrando la marcha de la breve comitiva que se abría con la bonita anatomía de la muchacha escocesa.

Alcanzamos la planta alta de la casa. Recordé los balcones y los cortinajes. Me dijo que íbamos justamente a esa habitación. Y no me equivoqué.

Stella McNally dio leves golpecitos a una sólida puerta de gruesa madera de roble. Una voz femenina, apagada y ronca, en el interior, ordenó:

—Adelante. Pasen...

Se abrió la puerta, accionada por la escocesa. Avanzamos.

No era mucho lo que se veía allí, pese a los tres balcones cuya forma reconocí en el acto. Desde el central me habían estado escudriñando a mí.

Miré hacia la única ocupante de la sala. Empecé a entender entonces muchas cosas. La presencia de Boris, la aspereza de la dueña de la casa, su poca voluntad para recibir visitas...

Bienvenido, señor Martin —saludó con frialdad—. Siempre se acoge con agrado a un compatriota...

—Gracias, señorita Berry —respondí, estudiando a aquella mujer atentamente.

Boris había ido a situarse ya a su lado, rígido y solemne, como un perfecto guardián, apoyó una de sus tremendas manazas en el respaldo de la silla de ruedas.

Desde su asiento de inválida, Wanda Berry me contemplaba. Su cabello era gris plateado. Sus manos aparecían, enguantadas de gris. Su rostro quedaba a contraluz, pero aun así eran visibles en él las huellas de quemaduras o cicatrices terribles que lo deformaban. Y unas gafas de vidrios oscuros, con montura plateada, cubrían sus ojos que uno nunca sabía si miraban hacia un lado u otro.

—¿Sorprendido? —Preguntó ella de repente.

Me sobresalté. Traté de ser cortés:

—¿Sorprendido? ¿Por qué, señorita?

—No mienta —su voz era muy baja, casi un murmullo, pero perfectamente audible—. Le causo horror, ¿no?

—Cielos, claro que no.

—¿Compasión, entonces? —insinuó ella.

—Tampoco, señorita. Sencillamente, acabo de conocerla.

No tenía hecha idea alguna preconcebida sobre usted...

—¿Marsha nunca le habló de mí?

Me estremecí. Incliné la cabeza.

—¿Cómo ha sabido? —comencé.

—Mark Martin —ella rio suavemente—. Mark Martin, España, Cádiz... Demasiado casual si no fuera usted mismo. Marsha siempre hablaba de Mark Martin. Le... le adoraba, palabra.

—Lo sé, pero Marsha murió.

—Sí, murió... —la voz tuvo una nota de amargura. Meneó la cabeza de un lado a otro.

—Pobre Marsha, joven, hermosa, llena de vida, enamorada... y tuvo que morir.

—Murió sí. Yo le llevo rosas siempre. Es una promesa ¿Usted no?

—No yo no. No me gusta dar flores a los muertos. No me gusta la muerte y Marsha ha muerto.

—Otros mueren de igual modo, señorita Berry. Antes fue Roger Duncan...

—A Roger ella nunca le amó.

—Lo sé. ¿Usted sabía que Marsha era...?

—¿Espía de información militar, al servicio de los Estados Unidos? —ella asintió despacio—. Sí, claro que lo sabía. Como sabía que Roger lo era para Su Majestad, Martin. Pero era un traidor.

—Un... ¿qué? —indagué, asombrado.

—Traidor. A Inglaterra, a su causa, a su gente. Marsha lo sabía.

—¿Y usted también?

—Ella me lo refirió. Pobre Marsha... Lo había sospechado siempre. Y también el Servicio Secreto británico. Y el americano. La boda fue una farsa. Ella se casó para probar su deslealtad.

—¿Lo probó?

—No. Roger lo sospechó antes. Se separaron. No hubo pruebas de que Roger fuese traidor.

—Pero lo mataron.

—La misma persona que adquiría sus secretos y pagaba su traición.

—¿“Spirit”? —aventuré.

—Sí, “Spirit” —rio entre dientes Wanda Berry—. ¿Usted sabe eso?

—Sé algunas cosas. Pero Marsha nunca me contó todo lo que sabía.

—Me habló de eso. Dijo que no valía la pena.

—Sabía que usted era un federal, pero no tenía miedo, porque Marsha

sí era leal a su país. Lo peor fue... fue que el mismo asesino de Roger, pensó que Marsha podía a su país.

—Señorita Berry, Marsha me habló a veces de usted, pero nunca me dio detalles.

—Señorita Berry, Marsha me habló a veces de usted, pero nunca me dio detalles nunca me dijo que usted supiera tanto de sus actividades y asuntos... ¿Tanto confiaba en usted para comunicarle todo lo que descubriría?

—Tenía que confiar —rio Wanda Berry, irónica—. Entonces, Martin... yo era el enlace especial en el sur de Europa, de todos los Servicios de Inteligencia del Mando aparte de eso, fuimos siempre buenas amigas. En suma, Marsha estaba bajo mi control directo. Y aparte de eso, fuimos siempre buenas amigas. ¿No era suficiente razón?

—Marsha nunca me habló de eso. Tampoco me lo han referido ahora, ni en el FBI ni en el Pentágono, ya la Wanda Berry que fui. Ya no trabajo para nada ni para nadie. No podría, con la ya la Wanda Berry que fui. Ya no trabajo para nada ni para nadie. No podría, con la escasa vista que me queda, con mis piernas inmóviles, con mi rostro desfigurado...

—De modo que, entonces, no estaba usted... de ese modo.

—No Martin. Yo era una mujer atractiva, no tan joven ni bella como Marsha, pero incendio en mi alojamiento. Quise salir de él, pero el fuego lo rodeaba todo e incendió en mi alojamiento. Quise salir de él, pero el juego lo rodeaba todo y me abrasaba. Tuve que tirarme por un hueco, al exterior, y sufrí una lesión en la columna vertebral, de la que resulté inválida. Aparte de eso, el fuego dañó mis ojos y mi rostro y también mis manos... No era agradable verme, puede creerme. Ni lo es ahora. Por eso no me dejo ver demasiado. No merece la pena, Martin.

—Fue poco antes de morir Marsha... Entre la muerte de Roger y la suya. Ocurrieron entonces tantas cosas trágicas, que nadie se acordó demasiado de mí.

Pero ese incendio... pudo ser provocado, no accidental.

—Entonces no lo pensé. Luego, reflexionando sobre ello, llegué a la conclusión de que sí era provocado. Fue demasiado rápido y los expertos dijeron que había sido una imprudencia que un cercano almacén de bidones de gasolina y aceites lubricantes, tuviese la instalación eléctrica de tal modo que provocara un cortocircuito y un chispazo el cual inflamó los combustibles. No creo que todo ello fuera simplemente, casual, usted tuvo razón en eso, Martin.

Hubo un silencio. Yo incliné la cabeza, pensativo.

—Marsha nunca me habló de todo eso —dije.

—Creo que no era un tema agradable de conversación y menos ignorando usted las razones de mi presencia en España. Luego, apenas si tuve tiempo ya de pensar en ello. La asesinaron unos días más tarde.

Asentí, sin hacer comentario alguno, de súbito, le pregunté:

—¿Se retiró ya de sus actividades, señorita Berry?

—Totalmente. Sería ridículo continuar en ellas de este modo.

—Pero volvió a España, al escenario de los sucesos de entonces...

—Me gusta esta tierra. Paso aquí mis vacaciones. Pero viajó mucho. Dispongo de medios de fortuna.

—Aquí intentaron matarme la otra noche. Otra vez un arma calibre 22, acaso una Browning Challenger, como entonces.

—Sí, me he enterado de eso.

La miré muy fijo al añadir:

—Y ahora han asesinado a un hombre.

—¿Asesinado? —ella se irguió en su silla de ruedas, sorprendida—. ¿Quién?

—Alguien que llevaba en su agenda su nombre y teléfono, señorita Berry.

—No entiendo...

—Maury Katz, un polaco.

Hubo un profundo silencio. Ella inclinó la cabeza.

—Entendido —suspiró.

—¿Entiende usted? Yo no.

—Está claro. Katz tenía que morir.

—¿Por qué?

—Era agente de la M.G.B. soviética.

—Katz agente soviético... Debí imaginarlo, sí. Pero aun así, ¿por qué entiende que le hayan matado?

—Porque tenía que suceder. Katz servía a los intereses de su país, lógicamente. Pero en el fondo, esos intereses eran los mismos que usted está defendiendo en nombre de los Estados Unidos. La M.B.B. rusa quiere a “Spirit” vivo o muerto. Vendió secretos del Kremlin a Pekín, como antes vendió secretos de Washington a Londres a Moscú. Quieren darle caza y terminar con él de una vez.

—De modo que, con diferentes banderas y causas, buscamos la misma cosa todos.

—Exacto. Me enteré que arrestaron a Katz, acusado de sospechoso en el atentado de la playa.

—Es cierto —afirmé—. Yo mismo le capturé cuando parecía huir...

—Seguramente perseguía a otra persona, a quién hizo el disparo. Y creyó adivinar o descubrir su identidad. Eso bastó. Katz buscaría hacer las cosas a su modo, a espaldas de la policía local, y ganándole la partida a usted y a sus amigos de Rota. El asesino por su parte, defendió su seguridad personal como la ha defendido siempre: matando.

—Sí, es posible que tenga razón —la miré muy fijo—. Usted ha dejado los Servicios Secretos, señorita Berry, pero sigue sabiendo muchas cosas. Acaso podría ayudarme en algo muy importante: ¿Quién ha de venir a Rota en las próximas horas? ¿Qué persona puede ser tan importante que mueva a “Spirit” y a los demás agentes internacionales?

Wanda Berry sonrió, encogiéndose de hombros. Apenas si podía ver aquel rostro rugoso deformado por el fuego. Vi sus manos enguantadas crisparse sobre los brazos del coche de inválida.

—No es difícil, Martin —me contestó con sencillez.

—¿No? —dudé perplejo.

—Un importante político del Centro de Europa ha salido de viaje días atrás, de riguroso secreto. Lleva consigo las pruebas de una trama política que puede estallar en cualquier momento, provocando un caos internacional. Un hombre bien informado, con prestigio y con personalidad mundial. Realmente, se ha evadido de su país, abandonando el Gobierno y el mando de la nación, para denunciar, ya en lugar seguro, lo que está a punto de suceder. Algo que, inevitablemente, sucederá si él no habla y aporta pruebas de la coalición de ciertas potencias para provocar una escisión gravísima en la paz europea y, por tanto, mundial.

—Y él lleva las pruebas consigo...

—Exacto. Logró escapar de la “protección” de su propia escolta militar, de la que estaba virtualmente prisionero ya en las últimas semanas y alcanzó el mar, pidiendo asilo político a bordo de un submarino nuclear norteamericano que esperaba algo así, gracias a la confidencia de un agente de la CIA.

—Ahora, ese hombre está a bordo... y mañana estará en Rota.

—Esta madrugada, exactamente. Solo de paso, porque el submarino repostará víveres y una serie de elementos imprescindibles a bordo, reanudando su viaje secreto hacia los Estados Unidos. Rota, es sin duda, el lugar elegido por “Spirit” para intentar el secuestro de ese político. Caso de lograrse, todo se desplomaría. Y esté seguro que la vida y los documentos secretísimos de ese hombre, serán pagados por ciertas potencias a altísima precio. Tan alto, que vale la pena intentar el golpe aquí, en Cádiz...

—Lo dicho, señorita Berry, Usted sabe aún muchas cosas, para estar al margen de sus actividades secretas.

—Bueno, esas cosas nunca se dejan totalmente —sonrió ella—. Y una sigue teniendo enlaces, amistades, informadores espontáneos, viejos amigos...

—Ya veo. Solo me falta el nombre del visitante ilustre. Imagino que hasta eso sabrá usted...

Incliné la cabeza. Luego, insinué a medio tono:

—Todo eso, con ser importante, no me revela la identidad de alguien: “Spirit”, el asesino...

—Eso, ni siquiera yo puedo revelárselo —suspiró Wanda Berry—. Sencillamente porque lo ignoro, como todos los ignoran...

CAPÍTULO VIII

DE modo que el Presidente...

El coronel Temple repitió el nombre despacio, con aire abstraído. Luego sacudió la cabeza.

—¿Le sorprende que esté bien informado? —reí.

—Sí, me sorprende. Es ultrasecreto.

—Pues lo sabe mucha gente. Creo que también el comisario Maldonado tiene una idea bastante aproximada, coronel.

—¿Quién se lo dijo a usted?

—Es ultrasecreto —sonreí, irónico.

—Al diablo con eso. La persona que sepa tal dato, conoce muchos otros, y no es conveniente que ello ocurra para la seguridad de nuestro asunto. No quiero que el viajero especial de ese submarino nuclear peligre en la Base de Rota. Sería imperdonable que sucediera algo así...

—Coronel, ¿están tomadas todas las medidas de seguridad al respecto?

—Absolutamente todas. Pero no nos enfrentamos a aficionados, sino a “Spirit” y su organización. Soy de la opinión de que solamente “Spirit” puede conocer el secreto, la identidad de nuestro viajero y todo eso.

—“Spirit”... —sacudí la cabeza, negativamente—. No, no es fácil. “Spirit” no puede ser un inválido, ni moverse en silla de ruedas...

—¿Inválido? ¿Silla de ruedas? ¿Qué quiere decir con eso?

—Coronel, busque el *dossier* de alguien que sirvió al espionaje norteamericano hace tres años: Wanda Berry.

—Wanda Berry... —Temple arrugó el ceño—. ¿Su nombre y número clave?

—Ignoro todo eso. Ella era el control de actividades en el Sur de Europa.

—Entiendo... —fue a un archivador y buscó algo. Regresó con un *dossier* que hojeó. Leyó en voz alta—: Wanda Berry. Veintidós años al ingresar en el servicio Secreto de los Estados Unidos. Actualmente tiene treinta años. Agente WE-SS-1030. Tiene usted razón Martin. Control de Servicios de Información física. Víctima de un incendio y una caída que paralizó su cuerpo. Expediente limpio. Buenos datos sobre su capacidad mental. Culta, varios idiomas, estudios superiores...

Cerró el *dossier*, que tomé yo a sus manos. Me miró pensativo.

—De ella le hablaba —dije.

—Ella no pudo saber la identidad de nuestro viajero fácilmente.

—Sigue teniendo contactos, amigos. Y una insaciable curiosidad. Es espía por naturaleza. Quisiera seguir siendo la de antes, pero está atada a una silla, con mala vista y el rostro deforme, sus manos abrasadas, su pelo prematuramente canoso... Es una ruina humana. Una mujer muerta. Tanto como pueda estarlo la propia Marsha. Pero a veces, es peor morir en vida. Ella tuvo que renunciar a todo. Absolutamente a todo...

—Me gustaría saber quién le dio los datos sobre el viajero del submarino nuclear. Ese informante iría inmediatamente a la calle, Martin.

—No empeora las cosas que Wanda Berry sepa la verdad. Lo peor es que también “Spirit” lo sabe. Ese hombre es un buen producto para vencer a quién interese. Y sus documentos, más aún. Si puede, se apoderará de todo.

—Haría falta un ejército para penetrar en Rota y alcanzar el submarino.

—“Spirit”, “Robin Hood” o como queramos llamarle, no necesita ejercicios para alcanzar sus propósitos. Es astuto, agudo y cruel. Sabe por dónde infiltrarse y lo hace. No recurre a la fuerza, sino a la astucia, a la acción solapada y eso le da mejores resultados que la acción directa.

—De sobra lo sabemos, Mark. Supongo que no tiene ningún indicio sobre la identidad de “Spirit”.

—Ninguno aún. Pero es posible que esta madrugada existan ya...

—Esta madrugada puede ser demasiado tarde. Estará fondeado el submarino nuclear en la base de sumergibles. Con ese hombre a bordo, naturalmente.

—¿Piensan sacarlo del submarino en algún momento?

—Lo ignoro. Un senador norteamericano y un alto jefe del Pentágono tienen anunciada su llegada a Rota para esta tarde, a última hora. Es posible que visiten al viajero a bordo del submarino, o bien que prefieran hacer la entrevista fuera del sumergible. Eso pertenece al secreto de sumario. No se proporcionan datos, para evitar sorpresas desagradables. Es mejor emprevisto todo, para impedir que alguien haga planes anticipados...

—Sí, entiendo eso muy bien. Esperemos que resulte. De cualquier modo, tengo la impresión de que esta noche, en Rota todo va a tener su culminación, su clímax. Esperemos que ese sea beneficioso para nosotros y no adverso... Creo que en ninguna ocasión tendremos más claramente a nuestro alcance la posibilidad, de cazar, de una vez para siempre, a “Spirit” en persona.

—Así sea —pidió fervorosamente el coronel Temple.
Yo no respondí nada. Pero estaba pensando lo mismo que él.

* * *

—El médico me autoriza ya a abandonar la clínica, Mark.

—¿Y vas a hacerlo? —La pregunté, inquieto.

—Ahora mismo —rio ella de buen humor—. Sería incapaz de soportar aquí unas horas más.

—¿Por qué no esperar a mañana todavía, Lena?

—¿Por qué quedarme una larga noche en la clínica? No me gustan los establecimientos sanitarios, Mark. En absoluto—. No estés demasiado segura de eso —mascullé, inquieto—. Está bien. Pero esta noche no es la más adecuada para andar por ahí Lena.

—¿Por qué motivo? —Se sorprendió ella, mirándome con asombro.

—Es que esta noche... alguien andará suelto. Un asesino, Lena...

—¿Un asesino? —se estremeció ella, preocupada.

—Exactamente el mismo que disparó esa noche y te hirió —la recordé.

—Aun así, no me vas a asustar —rechazó Lena Gifford—. Afrontaré lo que sea puedes estar seguro. Pero no continuaré aquí ni un minuto más. Me encuentro perfectamente Mark. Y en el hotel, estaré a salvo.

—No estás demasiado segura de eso —mascullé, inquieto.

Pero ella había tomado su decisión y era inútil intentar cambiar su criterio. De modo que acepté como bueno que Lena Gifford abandonara la clínica.

* * *

Oona La Salle emergió como una nereida de entre las aguas azules de la piscina. Se detuvo en la escalera de acceso a las baldosas, dejando que el agua chorrease por sus cabellos, su bañador, su cuerpo exuberante, desde los senos rotundos hasta las caderas ampulosas.

—¿Se marcha usted, Martin? —repitió ella sorprendida.

—Sí, debo hacerlo —asentí despacio—. Tengo cosas que hacer en América y salgo hoy de viaje para los Estados Unidos. Hubiera querido despedirme de su esposo, señora La Salle.

—Lamento que no sea así, y él seguramente lo lamentará también, pero se dirigió a Cádiz a hacer algunas gestiones, e incluso es probable que tenga que hacer un viaje a algún otro sitio cercano.

—¿A Rota, por ejemplo? —pregunté ingenuamente.

Ella también me miró ingenuamente, o con algo que parecía ingenuidad y que podía ser algo perfectamente fingido para la ocasión.

—Pues no creo que tenga que ir allí para nada —suspiró—. Recuerde que él no es americano como usted, sino apátrida, un hombre falto de bandera y de patria a la cual defender.

—Ideal Situación para no ser leal a nadie... Y ser traidor a todos —sonreí.

—Es lo que usted imagina. Pero no es tan fácil. Él no se siente traidor a nadie. Ni ama a país alguno. Es un ciudadano del mundo, en realidad.

—Un ciudadano del mundo es algo muy aleatorio —comenté con sequedad—. Podría ser un hombre que amase a los Estados Unidos, a Europa a la Unión Soviética a la China Roja, sin por ello traicionar a nadie.

—Sí supongo que sería así, pero en realidad no lo es —me miró ella fijamente, con agresividad—. Si busca a un traidor, equivocó el lugar, mi marido no lo es.

—Lo celebro por él, por usted y por todos, señora La Salle —Me incliné y besé su mano mojada—. Hasta otra ocasión.

—Hasta siempre. Si vuelve alguna vez a Cádiz es posible que nos encuentre aquí. Nos gusta esta tierra, Martin.

—Sí, parece que nos gusta a todos. Solo me pregunto si todos buscamos lo mismo sol y agua mar y tranquilidad, o bien andamos tras algo mucho menos claro y preciso que eso...

—¿Vuelve a sus sospechas? —rio ella inclinándose, y dejando que el breve bikini mostrase bajo su pieza superior la rotundidad maciza de sus pechos vibrantes.

—Perdón —sonreí a mí vez—. Ya había olvidado que usted y su esposo son solamente apátridas no traidores a una nación.

Me incliné, alejándome luego. Estaba seguro de que Oona La Salle tenía un gesto preocupado cuando la dejé junto a la piscina.

* * *

En las oficinas de la Compañía aérea TWA, me encontré con Lukas Lo Ducca, que me saludó fríamente cortés. Vi que recogía su billete de avión, para el día siguiente. Yo pedí uno para la misma fecha, en el vuelo nocturno a Lisboa y Nueva York.

Sorprendido, se volvió a mirarme, camino ya de la salida.

—¿Se marcha usted tan rápido, señor Martin? —indagó.

—Sí, hoy mismo —afirmé—. Debo hacerlo. Tengo cosas urgentes que resolver en mi país.

—Imaginaba que estaría más tiempo en España...

—También yo, señor Lo Ducca, pero nunca hace uno lo que realmente desea hacer. Existen obligaciones, exigencias de nuestro trabajo...

—¿Problemas federales? —sonrió el hombre de blanco cabello y expresión elegante, aristocrático porte y nervios de acero.

—Parte de ello es así, en efecto —admití con un gesto evasivo—. A fin de cuentas, el FBI es mi trabajo, y en él se centran los problemas de mi existencia.

—¿Algo relacionado con lo que vino usted a investigar en mi casa?

—En cierto modo, sí.

—¿Ese fabuloso “Spirit” de quien me habló entonces?

—Es posible, sí.

—Escuche esto, señor Martin —Lo Ducca se inclinó hacia mí, con sorprendente aire confidencial—. Me gustaría de veras ayudarle. Pero el hecho de que yo sea de Trieste, nada significa. Le aseguro que aunque mi ciudad natal es hoy día una encrucijada de espías y de agentes secretos, no es tanto como el cine trató de demostrar. Y nosotros, los triestinos, no tenemos nada que ver en todo eso. Mi presencia en esta parte de España es puramente accidental deseo de hacer turismo, y nada más. Le engañó quien le dijo que yo estaba mezclado con asuntos de ese cariz.

—Usted se equivoca al hablar así. Yo no dije eso. Solo afirmé que alguien me había afirmado que usted tuvo relación con una mujer llamada Marsha Doyle.

—Marsha Doyle... Su prometida ¿no?

—Sí en efecto.

—¿Muerta en esta misma región, hace tres años?

—Por una bala calibre 22, sí.

—No sé nada de esa muerte. Ni la de su esposo Roger Duncan, que usted citó entonces. Tiene mi palabra.

—La acepto, Lo Ducca. Posiblemente esté diciendo la verdad. Pero mañana va a ocurrir algo en Cádiz, en Rota o donde sea.

—Algo como... ¿qué? —se interesó cortés, fríamente Lo Ducca.

—No lo sé. Lo que ello sea ocurrirá en las próximas horas. Y si alguien sabía lo que iba a ser, se llamaba ese alguien Maury Katz, ese polaco.

—¿Era? —puntualizó frío, helado casi el tono de Lo Ducca.

—Eso es. Era. Ahora está muerto.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo encontré yo mismo.

—¿Muerto?

—Sí.

—¿Asesinado?

—¿Dónde halló a Katz?

—Bungalow siete. Hotel Atlántico. Le mataron.

—¿Con una bala calibre 22? —fue la cortante pregunta de Lo Ducca.

—No —negué—. Con una alabarda española. Le aplastaron la cabeza con tres o cuatro golpes. Yo mismo avisé a la policía de forma anónima.

Lo Ducca no dijo nada. Estaba al pie de su coche, en la acera amplia y soleada de Cádiz. Blancas casas de enjalbegados muros destellaban al sol cegadoramente. Al fondo, mar azul, cielo más azul, un mundo de azul y blanco increíbles luminosos radiantes. Un lugar imposible para algo tortuoso u oscuro. Y sin embargo...

—Suba —invitó Lo Ducca de repente. Y sentí algo duro en mis riñones cuando me rozó. Suba enseguida, Martin. No trate de resistir. Si muero, mucha gente acudirá. Pero nadie salvará ya su vida.

—¿Con qué me encañona? —pregunté burlonamente—. ¿Con una browning 22?

—Habla demasiado a veces —me reprochó, duro el tono—. ¡Suba!

Subí. No podía hacer otra cosa. Como él decía, muchas cosas podían ocurrir luego, si él disparaba a quemarropa sobre mí. Pero todo eso sería igual. Para entonces, yo estaría muerto. Y a los muertos, todo les importa muy poco.

Tenía chofer. Un hombre cetrino, moreno de serio aspecto. Podrían creer que era un español, pero yo estaba seguro de que no. Sería griego, turco o israelí. Algo así, pero no español, ciertamente.

El coche salió del centro urbano de Cádiz, buscando la campiña, llana y amplia, extensa y desierta en su gran parte, con la salvedad de los chalets y residencias para turistas.

Miré de reojo a Lo Ducca, que seguía encañonándome y que, poco antes, en un rápido gesto de hombre avezado a tales cosas, me había despojado de mi propia arma.

—Supongo que ahora ya no seguirá representando su papel —dije, glacial.

—No, ya no. De cualquier modo, usted no iba descaminado —sonrió, sin descomponer su expresión severa y elegante—. ¿Sabía algo sobre mí?

—No. Daba palos de ciego, simplemente.

—Ahora comprendo por qué los ciegos no son tan desvalidos como

parecen —señaló con tono de hielo Lo Ducca. Pero sonreía afable, casi amistoso—. ¿Molesto conmigo?

—No, no —negué, risueño.

—¿Preocupado?

—Solo lo justo. Siempre preocupa sentirse en manos del enemigo.

—¿Enemigo? —me miró, pensativo—. Yo no soy su enemigo. Ni usted el mío.

—Pues no lo parece, ¿verdad?

—Martin, aquí hay gato encerrado. Usted juega una baza rara. No se va hoy a los Estados Unidos.

—Usted me vio sacar el billete. Y no era una argucia. No podía saber que usted estaba allí entonces.

—Aún, sé que miente. No se va a su país. Todavía no.

—¿Y usted?

—Yo sí. Pero mañana.

—Mañana... —suspiré—. Claro. Todo estará ya hecho entonces, ¿no?

—Eso espero. ¿Qué es lo que espera usted exactamente?

—Si lo supiera... —reí de buena gana—. No hay nada realmente claro. Pero usted sí parece tener muy claro todo.

—Le dije que no somos enemigos. Mi enemigo se llama “Spirit”. No Mark Martin.

—“Spirit”... —Reí otra vez—. El mío se llama “Robin Hood”.

—¿Qué más da? Su Servicio Secreto le da el nombre-Clave de “Robin”. Nosotros le conocemos por el nombre de quien nos vendió antes secretos y los robó luego para venderlos a Pekín: “Spirit”.

Entonces entendí, aunque en realidad ya había entendido antes casi todo.

—Katz era mi subordinado directo —explicó Lo Ducca—. Le felicito por su tino. Vino directamente a mí, y tenía razón. Yo soy el agente de esa potencia en Europa.

—¿M.G.B.?

—Sí. Ministerio de Seguridad del estado. Antes era la N.K.G.B., o Comisariado Del Pueblo para la Seguridad del Estado.

—¿Katz trabajaba para usted?

—Era mi hombre de confianza. No me gustó que lo entregara a la policía española, acusado de intento de homicidio.

—Entonces creí realmente que era culpable. Luego, he comprobado que él tenía razón. Perseguía a alguien. Lástima que no sepamos a quién. ¿Me vigilaba Katz cuando hicieron fuego sobre mí?

—Sí. Era su misión especial: vigilar al agente federal americano Mark Martin, ex prometido de Marsha Doyle, la mejor agente de la CIA en Europa.

—No era de la CIA, sino del Pentágono. El G-2, exactamente.

—Es igual para los efectos. Cooperaba con los Servicios de Inteligencia americana en el sur de Europa.

—¿Qué piensa hacer ahora conmigo, Lo Ducca? —indagué tras una pausa—. ¿Eliminarme como adversario suyo?

—No, si no es absolutamente necesario. Por eso lo capturé. Usted es inteligente.

—Y soy americano —reí.

—No importa. Es inteligente aun así —y soltó una carcajada—. Quiero un pacto.

—¿Un pacto? —me sorprendí.

—Vamos, vamos. No somos tan enemigos como aparentamos. Cumplimos nuestros respectivos trabajos, eso es todo. Yo soy leal a mí causa. Usted a la suya. En eso no hay nada malo. Lo peor es el que no tiene fe en nada ni lealtad en nadie.

—“Spirit”, por ejemplo.

—Exacto. “Spirit”. Hay que acabar con él. Por bien de todos. Suyo mío de los demás, de nuestros Gobiernos y pueblos... Esa clase de gente son armas de dos filos.

—¿En qué consistiría el pacto?

—En esto: usted se ocupa de “Spirit” a su modo. Yo al mío.

—¿Cuál es mi modo?

—Usted lo sabe. Esta madrugada, “Spirit” estará en Rota, sea como sea. Usted tiene que estar allí. Lo demás, corre de su cuenta.

—¿Y su método?

—Me temo que no podré cruzar las barreras protectoras de la base submarina. No me interesa tanto el Presidente... como pueda usted suponer.

—¿De veras? —dudé.

—Piense lo que quiera, pero eso solo será un golpe de prestigio, una fisura en la unión de ciertos sistemas de gobierno y de cooperación política. Hay otros medios de arreglarlo, pero si a nuestros Gobiernos amigos les ofrecen al Presidente... en persona con su legajo secreto, lo comprarán a cualquier precio, para ejecutarlo luego, aunque eso vaya contra los deseos de Moscú mismo. Creerán que con eso hacen un gran bien al Partido y demás zarandajas, pero será totalmente negativo. No nos importa el Presidente ni su discurso y sus pruebas. Que haga lo que él quiera, pero que

“Spirit” que desea negociar con él, caiga en la trampa. Vamos a ser aliados por una vez... y en territorio ajeno a ambos. Es una gran oportunidad en el fondo. Quizás la mejor de todas.

—¿Cree que “Spirit” está aquí?

—Siempre estuvo aquí en realidad —suspiró Lo Ducca, mirándome con cierto aire de reproche—. Cielos, no sea ingenuo, Mark Martin. Usted debería saberlo.

—Solo lo sospecho, no lo sé. Pero voy a aceptar su pacto, Lo Ducca. Iré a Rota ¿Y usted?

—Ya le dije que no puedo ir allá. No lograría entrar. Pero estaré donde deba estar llegado el momento.

—¿Ha pensado que yo podía traicionarle a usted... del mismo modo que usted a mí?

—Claro que lo he pensado —rio Lo Ducca—. Pero voy a correr el riesgo, igual que usted correrá el suyo. Estamos en igualdad de condiciones. Puede hacerme un feo juego, como puedo hacérselo yo. La mejor prueba de mi buena fe, es que le dejo partir ahora. Mi chófer parará en ese parador de carreteras. Lo demás, es cosa suya.

—¿Cuál será mi prueba de buena fe?

—No le exijo ninguna. Solo le pido una cosa: si para que caiga ese “Spirit” es preciso que el Presidente... perjudique nuestro bloque europeo, que así sea. A la larga, el mayor beneficio es terminar con ese traficante de secretos internacionales...

Guardó su arma. Hizo un gesto, y el coche se detuvo ante un parador. El propio Lo Ducca abrió la portezuela y me mostró el exterior. Yo incliné la cabeza y estreché su mano, saliendo del coche.

—Es un pacto —dije al hombre de Trieste—. Procuraré cumplirlo lealmente, siempre que no perjudique a mí país.

—Estamos en igualdad de condiciones —asintió él.

Abandoné el coche. Lo Ducca cerró la portezuela. Me agitó su mano en despedida y se alejó por la carretera amplia y llana, hacia la bahía.

Fui hacia el teléfono del parador de carreteras, para pedir un automóvil de alquiler con el que regresar a Cádiz y a mí Hotel. Mientras hacía todo eso pensaba en Lo Ducca, en Katz, en “Spirit”, en un submarino nuclear que se acercaba ya a la costa sur de la península.

Y me pregunté sí, realmente, sería aquella madrugada la definitiva, la que marcaría el destino final de “Spirit” —“Robin Hood” en lenguaje cifrado del FBI y el Pentágono— o acaso el final del propio destino.

Y de mi propia vida...

CAPÍTULO IX

ERA como una despedida.

Me incliné. Deposité las flores sobre la tumba.

Rosas rojas. Las predilectas de Marsha. Rojas y amarillas. Rosas espléndidas, costosas. El único tributo posible a un recuerdo vivo y hermoso también.

Me erguí. Oré en silencio, como siempre que iba al pequeño cementerio gaditano. Mecánicamente casi, miré al ramillete de rosas marchitas, allá en la parte alta junto a la cruz.

No eran mis rosas, sino las de alguien más. Las de otra persona que iba a la tumba periódicamente y dejaba allí su tributo.

El tributo predilecto de Marsha. Rosas en su tumba. Rosas para su recuerdo.

Terminé mi plegaria, breve y sentida. Esta vez no estaba allí el hombrecillo enlutado, severo y taciturno. El padre de Roger no había ido al cementerio a depositar su recuerdo de oraciones ante la mujer muerta que fue esposa de su hijo.

Pero al salir, me esperaba una sorpresa. Parecía previamente marcado que siempre tuviera una sorpresa en aquel cementerio.

—Buenas tardes —saludé fríamente en la salida, al hombre de traje oscuro, de sombrero en las manos de andares cachazudos y expresión bonachona y aguda a la vez.

—Hola, comisario —respondí, algo seco—. ¿Tiene familiares ahí dentro?

—No —negó él, iniciando una sonrisa de circunstancias—. A nadie, Martin. Solo amigos que se fueron para siempre. Como cualquier persona. Pero los hombres rara vez somos leales a los recuerdos. Y olvidamos incluso a los amigos.

—Pero no a una mujer amada —le repliqué.

—No, nunca a una mujer amada —convino él.

—Pero usted no tiene aquí a ninguna.

—A ninguna —me sonrió—. ¿Cree que tengo aspecto de enamorado?

—Eso nunca se sabe —me encogí de hombros—. ¿Me ha seguido acaso?

—Rotundamente, no. Venía al cementerio por simples cuestiones profesionales.

—¿La tumba de Marsha es la de las rosas rojas?

—¿Cómo lo sabe, comisario?

—Parece que todo el mundo pone rosas en la tumba de Marsha. Usted... Wanda...

—¿Wanda? —me erguí con sobresalto.

—Wanda Berry quise decir. La conoce ¿no?

—La conozco —no creí necesario mentir—. ¿Cómo sabe que es ella?

—No ella, exactamente. Pero su hombre de confianza, su esbirro de siempre... Ese pobre salvaje mudo y taciturno, capaz de aplastar a cualquiera de un solo golpe...

—¿Boris?

—Sí, Boris —me miró irónico—. Usted siempre se entera de todo, ¿no?

—De casi todo. Wanda negó que ella trajera flores aquí.

—No le preguntó a Boris, ¿verdad?

—No. ¿Por qué había de hacerlo? Parece el típico perro fiel. Fiel solamente a su amo, claro está.

—A su amo... Sí, tal vez sea eso.

Tal vez fuera eso. Wanda no podía llevar flores. No le gustaba tampoco. Pero las hacía llevar a la tumba por medio de su criado fiel. Rosas de su jardín.

La tarde estaba cayendo ya en la bahía muy deprisa. Y eso era lo que importaba ahora no las rosas en la tumba de Marsha Doyle.

—Debo dejarle, comisario —hablé—. Tengo cosas que hacer...

—¿Y antes de hacerlas, trajo flores a Marsha?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—No le reprochaba nada. Sencillamente le preguntaba.

—Pues ya lo sabe, comisario. Es posible que mañana mismo vuelva a mí país. Si no tengo ocasión, quiero dejar cumplida mi promesa de siempre.

—¿No sería posible también que usted temiera por su vida, y por ello viniese antes aquí?

Nos miramos los dos fríamente, casi con hostilidad. Tuve que admitir:

—Bien y si así fuera, ¿qué puede importar eso?

—La vida siempre importa, Martin —sentenció el policía español afablemente—. En fin, le deseo suerte. Y buen viaje... si vuelve a América. Va a Rota, ¿no es cierto?

Le miré irritado. Siempre molesta la persona que parece saberlo todo.

—¿Me exige usted una respuesta? —indagué, con inútil malhumor.

—No, ¿por qué había de hacerlo? —se echó a reír el comisario Maldonado—. Sencillamente, quería saber si iba a despedirse de sus amigos y compatriotas de Rota, antes de volver a su país... Olvide la pregunta, sin embargo. Pero piense que un buen policía sea del FBI o de la Brigada Criminal de nuestro país, siempre debe apartarse de sentimentalismos y ver las cosas en su exacta dimensión.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —me solivianté.

—Nada. Sencillamente, Martin... yo trataría de fijar algunos datos, de comprobar ciertas fechas y ciertos puntos oscuros de Medicina Forense y... Ah, por cierto, ¿le causó mucha impresión encontrarse muerto a golpes a Maury Katz?

—¿Qué diablos quiere dar a entender con eso?

—No, nada —rio entre dientes—. Olvídalo. Y mucha suerte esta noche, amigo Martin...

Se alejó, avanzando por el cementerio, hacia la tumba de Marsha. Yo me volví al camino, enfurecido con él y conmigo mismo.

Pero había que reconocer que Maldonado era muy astuto. Incluso el asunto de la llamada anónima era claro para él. Sabía que yo encontré a Katz, y sabía también que yo era el autor del telefonazo a la policía.

En cuanto a Medicina Forense, ¿qué había querido decir?

Le vi inclinado ante mis rosas en la tumba de Marsha. Giré la cabeza, irritado. Y me dirigí a toda prisa al coche que me esperaba, para volver a la bahía y posteriormente dirigirme a Rota...

* * *

Era como un tiburón azul oscuro, hendiendo silenciosamente las aguas de la bahía, en el punto donde tenían su acceso los submarinos nucleares de la Marina de los Estados Unidos.

Un submarino nuclear cualquiera, en apariencia. En su interior, un hombre altamente importante para el equilibrio pacífico de Europa y para la misma paz del mundo, viajaba bien ajeno a la tela de araña tejida en torno a su llegada en tierras hispanas, en una simple Base de aprovisionamiento naval, arrendaba por el Gobierno Norteamericano en territorio español.

Vi entrar al submarino en un punto bloqueado por contingentes de la Navy, de Infantería de Marina y toda clase de fuerzas en estado de alarma permanente. Pensé que iba a serle difícil, muy difícil a “Spirit” llegar hasta allí.

El senador Fuller y el general Wallace, del Pentágono, subirían a bordo

a cumplimentar al ilustre huésped de los marinos americanos, con quien dialogarían secretamente, a bordo, del submarino, para obtener los datos precisos y las condiciones del famoso estadista europeo, que rompía con una serie de alianzas y compromisos políticos y militares, para decantarse por una posición que sería, sumamente peligrosa para el equilibrio de la Europa actual, pero a la vez un golpe mortal para ciertas ideologías.

El coronel Temple y yo vimos subir al Senador Fuller y al general Wallace a bordo en una pequeña lancha que partía de tierra y entraba en el canal que conducía a la base destinada a los submarinos de propulsión atómica.

Nos miramos los dos, en silencio. El parecía satisfecho en el fondo.

—Es imposible que penetre “Spirit” en este lugar —señaló—. Y menos aún en el submarino. Está previsto que solamente esos dos visitantes suban a bordo, con sus tarjetas y placas de identificación. Nada más, Mark. No hay posibilidad humana de hacer nada para impedir que nuestro huésped se encamine a los Estados Unidos, sano y salvo.

—Aún así, no estoy tranquilo —alegué—. “Spirit” significa algo ingrátido, impalpable, puro espíritu. Si obra como tal, llegará al submarino.

—Nadie es realmente un espíritu incorpóreo, se llame como se llame. Tiene que pasar mostrarse físicamente. Es una misión perdida de antemano para “Spirit”...

Yo seguía dudando. Vi la nutrida fuerza en torno a la zona, la protección masiva sobre el submarino y su ocupante. Ciertamente, solo un espectro podría filtrarse allí con posibilidades de éxito. No existían más que dos autorizaciones reales: El Senador Fuller y el general Wallace...

De repente, me erguí. Estaba rígido. Temple me miró con extrañeza.

—¿Le pasa algo, Mark? —se interesó.

—No sé —dije roncamente—. De repente, pensé en una frase del comisario Maldonado. ¿Puedo usar su teléfono con carácter de urgencia?

—Claro, hágalo ¿Qué mosca le ha picado?

No se lo dije. Llamé a la policía de Cádiz. Maldonado no estaba. Llamé a Medicina Legal de la Policía. Pedí por su jefe, y se puso el doctor Ribero, Jefe de Medicina Forense. Ante el asombro del coronel, le hice unas preguntas. Tuve que esperar a que las contestase. Luego, pedí unos datos, y el doctor Ribero me remitió a Estadísticas donde me los facilitaron, tras breve consulta.

Al terminar, estaba pálido. Temple parecía entre perplejo y preocupado.

—¿Qué le ocurre, Mark? —se interesó—. ¿Algo marcha mal?

—Creo que muchas cosas marchan mal, coronel —repliqué, acremente

—. Por favor, ¿dónde tomaron tierra el senador y el general?
—En Morón. Un helicóptero de la Navy les trajo aquí.
—Quiero una conferencia inmediata con Morón.
—Llame al número Morón 2798 o 2799.
—También quiero que me busque línea con la policía de Sevilla.
Urgente todo.

—Pero ¿Dónde quiere ir a parar con todo eso? —se asombró él.
—Espere un poco y lo sabrá coronel.

En realidad, también yo esperaba saberlo de un momento a otro. Justamente cuando tuviera respuesta a las próximas llamadas.

Y cuando las hice, mi corazón estaba helado, como aprisionado por una zarpa de muerte...

* * *

El senador Fuller y el general Wallace regresaban ya del interior del submarino, hacia la canoa que esperaba junto al casco de tiburón de metal del sumergible.

Les detuve, tendiendo mi mano.

—Soy Mark Martin, del FBI —mostré mi credencial—. Encantado de saludarles, caballeros.

—Gracias, Martin —respondió el senador risueño—. Es un placer conocerle. ¿Está adscrito a la Seguridad de la Base?

—Solamente a la seguridad del Presidente —dije, riendo. Miré al general Wallace, del Pentágono—. Comprenderán que todo es poco para evitar que ese hombre a quién han visto corre peligro. El, o su importante prueba contra ciertos procedimientos que se piensan llevar a cabo en Europa para provocar una crisis mundial de grave carácter.

—Por supuesto, Martin, solo cumple con su deber —asintió vivamente el general—. ¿Qué es lo que va a hacer ahora? Hemos dejado al Presidente... en su cabina, perfectamente tranquilo, seguro de que nada va a impedirle llegar a los Estados Unidos. Su testimonio es al parecer fidedigno, y nosotros le damos derecho de asilo. No tiene por qué preocuparse ya. El Ejército le protege. Nadie puede hacerle daño.

—No estoy yo tan seguro. No es absolutamente necesario raptar al Presidente... Y llevarse su secreto. Bastaría con obtener esas pruebas de algún modo, y dejar morir al Presidente... en su cabina, pongamos por ejemplo.

—¿Cómo dice? —se asombró el senador.

—Ya me ha oído. Muere ese hombre, y se venden sus documentos al mejor postor. Pagaré el que quiera editarlos y también el que quiera destruirlos. Ambos pujarán y el asesino obtendrá una fortuna. Es el mismo que asesinó a los agentes que ponían en peligro su integridad y seguridad: “Spirit”.

—¿Qué quiere decir?

—Será mejor que ninguno de ustedes se mueva ni trate de abandonar el submarino aún —avisé fríamente—. Antes, vamos a comprobar el estado del viajero... y serán registrados ambos sin contemplaciones.

—¿Pero qué está diciendo? —aulló el Senador—. ¡Mi inmunidad senatorial me...!

—Lo siento, señor. Su inmunidad ni sirve ahora de nada. Haga luego lo que quiera, pero sométase ahora a mis órdenes. Es posible que uno de ustedes lleve esos documentos los legítimos del Presidente... hábilmente cambiados por otros folios, cuando él se los dio a leer. Sus portafolios, caballeros...

El general Wallace me tendió su portafolios. El senador obró de distinta forma Súbitamente, arrojó contra mí la cartera, golpeándome en el torso. Corrió hacia la lancha, gritando algo con voz aguda.

Las aguas se removieron junto al submarino. Emergió un cuerpo azul, envuelto en goma y una máscara de inmersión. Entre plásticos, un fusil ametrallador que iba a vomitar metralla contra mí.

Desde la orilla, unos marinos hicieron fuego, anticipándose a su acción rotundamente. Cayó de forma aparatosa el submarinista. Golpeó el casco del submarino y vi su cráneo calvo, pelado y macizo. Boris se hundió en las aguas un momento después tiñéndolo todo en rojo.

El general Wallace había sido derribado, y el senador corría hacia la borda para tirarse al mar, cuando una ráfaga le alcanzó también abatiéndose sobre cubierta entre espasmos. La sangre corrió sobre el metal azul goteó al mar...

Yo me precipité hacia el herido, gritando algo roncamente. Ya era tarde para cualquier cosa.

El senador Fuller yacía boca arriba, con una serie de orificios en su costado y vientre, por los que fluía la sangre, copiosamente. Salieron varios marinos armados a bordo, pero ya no era necesario. Me incliné sobre el herido. Vi su rostro tirante, sus ojos vidriosos. No había palidez alguna en aquella extraña faz alargada y gomosa.

Súbitamente, tiré de aquella piel. Fue como quitarle la epidermis y borrar su rostro. Me quedé en las manos con una sutil, ligera elástica careta

de goma adaptada a cualquier rostro.

Debajo, una faz lívida, sudorosa, horrorizada, se enfrentó a mí.

—Oh, no, no —pidió una voz ronca—. Eso no, Mark... No, por Dios...
¿Por qué lo hiciste?

Me pregunté yo mismo por qué lo había hecho, ciertamente. Pero era igual. Era como comprobar algo sospechado recientemente. Como ver cara a cara algo que uno ya sabe que va a ver, tarde o temprano...

Miré aquella cara tan diferente, aquellos ojos vidriosos que me miraban. Y casi sollocé:

—¿Por qué? ¿Por qué tú precisamente? ¿Por qué este horror... AMADA MARSHA?...

Y Marsha Doyle, la difunta Marsha Doyle me contempló con una angustia atroz, ya en la frontera de la misma muerte...

Luego, murió.

Murió de verdad. Murió para siempre. Definitivamente.

CAPÍTULO X

MARSHA... ¡Marsha, tu prometida! Pero Mark, parece una historia de locos...

Miré de soslayo a Lena Gifford. Luego, moví la cabeza lentamente.

—No era ninguna historia de locos. Era una tremenda verdad insospechada. Marsha viva... Marsha con vida, mientras yo llevaba rosas a su tumba...

—Pero... ¿Cómo sucedió?

—Lena, todo estaba deformado desde el principio. La muerte de Marsha era lo que lograba deformarlo y alterar el panorama. En realidad, Roger murió porque supo quién era traidor, no porque él lo fuese. Supo que Marsha traicionaba a nuestro país y a todo el mundo. Que Marsha en suma, con cuanto averiguaba, se convertía luego en el fantástico y casi increíble “Spirit” o “Robin Hood” para los servicios secretos americanos. Marsha era, después de todo, la traidora real, el espía doble, que utilizaba todo en su beneficio. Una mujer dulce y hermosa; una espía cruel y despiadada. Dos personalidades diferentes. Dos seres distintos y complejos, bajo una misma apariencia. Marsha me amaba. Pero tenía que seguir ganando dinero y haciendo su juego, porque era emocionante y porque le gustaba. Roger fue muerto por ella. Era preciso matarle para que no hablase. Y no habló. Nunca lo hizo.

—Pero Marsha... fue hallada muerta.

—Ahí estuvo nuestro error. El de todos. Pensar que Marsha había muerto realmente. No era cierto. Ella vivía. Ella era la que estaba viva. Ocurrió su supuesta muerte poco después del incendio de la vivienda de su amiga y jefe de control—. Wanda Berry. Wanda resultó con quemaduras y lesiones en ese suceso, pero nadie la vio en realidad, porque Marsha se ocupó de ello, la atendió y cuidó. Marsha en realidad no hizo eso, sino que asesinó a Wanda malherida por el incendio y arrojó su cuerpo al mar, de forma que fuese hallado cuando ya la descomposición marina hubiese borrado todo rastro de sus quemaduras.

—¿Y bien?

—Marsha arrojó ese cuerpo, que fue el que hallamos. Los días de inmersión alteraron el cadáver, al que Marsha había vestido con ropas

suyas, había puesto sus joyas... Tenía edad similar, estatura aparente... No sé si tiñó sus cabellos para dar mejor apariencia en realidad a todo. Luego, Marsha se ocultó. Reapareció como si ella fuese Wanda Berry. El cabello falso, las gafas, los guantes, las heridas y quemaduras fingidas, una caracterización hábil en su rostro, más el coche de inválida, daba la falsa impresión. Wanda fingía vivir, pero era Marsha quien vivía y Wanda la que murió.

—Después, siguió siendo “Spirit”, el personaje misterioso, el de la identidad ignorada, el jefe de una organización que traficaba en secretos internacionales. Marsha además de una mujer hermosa y adorable, era una espía fría y cerebral, lúcida y despiadada. Esas eran sus dos identidades dispares pero estrechamente ligadas.

—¿Te amaba realmente?

—Sí, creo que sí. Por eso me pidió las flores, las rosas para su tumba, para que siempre la recordase...

—Pero intentó matarte...

—No, eso no fue cierto. Fue como un aviso. En realidad, celosa, te hirió a ti, y de paso me advirtió a mí del peligro que corría, sin quererme hacer daño. Esa fue la realidad de su agresión. Pero Katz la vio y siguió y logró reconocerla. Eso sentenció a Katz inapelablemente. Tenía que morir para no hablar jamás. Y murió.

—Mark, aún quedan cosas sin aclarar... ¿Cómo pudiste siquiera imaginar la verdad?

—El comisario Maldonado me dio la pista. Él se había ocupado de estudiar la autopsia de la falsa Marsha. Hablaba de huellas de quemaduras epidérmicas, bajo la corrupción marítima. Y también de invalidez parcial en la columna vertebral. Eso hizo imaginar la verdad a Maldonado, que me la sugirió. Yo creí captar su sugerencia y pedí datos. Coincidían. Marsha nunca se quemó. ¿De qué provenían esas quemaduras? Por otro lado, me sorprendió el afecto a las rosas de Wanda Berry. Era un detalle revelador. Marsha adoraba las rosas, nunca podía ser Wanda tan amante como ella de esas flores. Y estaba Boris...

—¿Boris?

—El criado ruso. Fiel como un perro... Obedecía a Marsha porque sabía que era amiga de su antigua ama y eso creía que estaba bien. Siempre ignoró que ella matase a Wanda. De haberlo sabido, la hubiese destrozado. Por eso iba a poner flores a Wanda... Un acto de perro fiel...

—¿Y tus sospechas sobre el senador Forbes?

—Pedí datos a Morón. Si “Spirit” quería llegar al Presidente... y

matarle robando sus documentos tenía que ser adoptando la personalidad del senador o el gobernador. Y así fue. Cerca de la Base Aérea de Morón, se halló el cadáver de Forbes. Así que era “Spirit” el falso Forbes. Descubierto, eso todo lo demás era fácil.

—¿Y el Presidente...?

—Cuando entramos, estaba bajo los efectos de un lento veneno administrado disimuladamente por Marsha, bajo su papel de Forbes. Le salvamos. Y los documentos están de nuevo en su poder. Todo terminó, Lena ¿Vamos ya?

—Sí, Mark. ¿Adónde vamos ahora?

—Primero, a ver a Maldonado y darle gracias por todo. Luego, a poner rosas sobre la tumba. La auténtica tumba de Marsha Doyle...

—A olvidar a Marsha, y disfrutar de este día nuestro —sonreí, tomándola por un brazo, y emprendiendo jovialmente la marcha.

FIN

• JEAN •



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid)

12
Ptas.